MI ODISEA



MEMORIAS DE UNA FAMILIA DE *LA DESBANDÁ*



MI ODISEA

MEMORIAS DE UNA FAMILIA DE *LA DESBANDÁ*

Diputació de València | Memòria Democràtica

Coordinación:
Rosa Brines y Nelson Seguí

Coordinadora de la edición:
Eva María García Barambio

© de los textos: los autores
© de la transcripción de Mi Odisea: Nelson Seguí
© de las imágenes: familia Gutiérrez, Hasen Sise, Biblioteca Nacional de España, Bibliotèque et Archives de Canadá
© de la presente edición: Diputació de València, 2024

Editorial:
Diputació de València. Delegació de Memòria Democràtica

Imprime:

ISBN:
978-84-7795-280-0

Depósito Legal:
V-1635-2024

Agradecimientos:
Familia de Antonio Gutiérrez
Ana María Máñez
Amparo Máñez
Mariana Barrionuevo
Natalia Paranós
Lucas Sancho
CEVEX Córdoba (Argentina)
José María Azkárraga
Santiago Aparicio
Jesús Majada
Francesc Bayarri

6 PRESENTACIÓN
Natalia Enguix Martínez

8 PRÓLOGO
Nelson Seguí, docente y depositario del diario de Antonio Gutiérrez

14 CONTEXTO HISTÓRICO
Jesús Majada, revelador de la Desbandá y biógrafo de Norman Bethune. Universidad de Málaga.

24 DIARIO MI ODISEA.
MEMORIAS DE ANTONIO GUTIÉRREZ
- 1937. 1a y 2a jornadas
- 9ª y 10ª jornadas
- 11ª y 12ª jornadas
- Llegada a Valencia
- Llegada a Cataluña
- Huida a Gerona
- En dirección a Francia
- La separación
- Entrada a Francia
- Llegada a Argelès-sur-Mer
- Campo de concentración de Bram
- En dirección a Calvados
- Reencuentro de la familia

74 EXTRACTO DE LA ENTREVISTA A MARÍA GUTIÉRREZ

77 ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA GUTIÉRREZ

78 MAPA DE UBICACIÓN

NATALIA ENGUIX MARTÍNEZ
Vicepresidenta Primera
i Diputada de Memòria Democràtica

El dolor del exilio escrito en papel de fumar. En la Delegación de Memoria Democrática de la Diputación de Valencia nos esforzamos por recuperar y dar a conocer los testimonios de las víctimas de la Guerra Civil. Por ello, queremos compartir con la ciudadanía la historia de Antonio Gutiérrez, un campesino malagueño que huyó de su tierra al ser atacada por las tropas franquistas e italianas en uno de los episodios más cruentos de la Guerra Civil. Huida que se conoce como "la Desbandá". Su tragedia fue común a otros cientos de miles de españoles que huyeron de la dictadura de Franco en 1939, pero el valor de este relato radica en que fue escrito de puño y letra por el propio Antonio Gutiérrez.

Su odisea comenzó el 7 de febrero de 1937 en su pueblo natal, ubicado a unos treinta kilómetros al este de Málaga, y acabó en 1948, en Le Havre, en el norte de Francia, donde ya vivió hasta su fallecimiento. Antonio nunca fue a la escuela y aprendió lo necesario para su vida como campesino. Su relato está escrito, por tanto, tal y como él hablaba. Con su estilo directo y próximo nos da a conocer el cúmulo de desgracias que tuvieron que superar. Con rotundidad.

Antonio escribió notas de todo lo que le pasaba en su día a día en papel de fumar y sólo cuando acabó su periplo en 1948 lo plasmó en un documento conjunto. Es por ello un relato de detalle y concreción. Estas vivencias arrancan con la partida desde su pueblo natal en Málaga hasta Almería, huyendo del avance de las tropas comandadas por Queipo de Llano, que amenazaba con entrar en Málaga "a sangre y sexo". Durante esta huida más de cien mil civiles indefensos fueron ametrallados y bombardeados durante varios días. Se atacó a víctimas civiles que no contaron con ninguna ayuda del gobierno de la República. Sólo el Socorro Rojo los ayudó apoyándose en la solidaridad de las familias de los lugares que atravesaban. Así recorrieron toda la Comunidad Valenciana en su huida hacia hasta Francia, donde acabaron en campos de refugiados.

Antonio rehízo su vida en el exilio, pero conservó en secreto hasta su muerte el relato de estas vivencias que ahora ven la luz. Sus biznietas, aunque asentadas en Argentina, no perdieron su vínculo familiar con Valencia, por ello se preocuparon por perfeccionar su valenciano y justamente fue su profesor el que nos dio a conocer la historia de Antonio.

Ha llegado el momento en el que las palabras de Antonio, escondidas y silenciadas durante tantos años, vean por fin la luz. Ellas nos deben servir para recorrer con él un terrible viaje que nunca debió sufrir. Esta vivencia de muerte, dolor y destrucción no debería repetirse jamás y es por ello que debemos conocer los errores de nuestro pasado para proteger nuestro futuro.

NATALIA ENGUIX MARTÍNEZ

Vicepresidenta Primera
i Diputada de Memòria Democràtica

El dolor de l'exili escrit en paper de fumar. En la Delegació de Memòria Democràtica de la Diputació de València ens esforcem per recuperar i donar a conéixer els testimoniatges de les víctimes de la Guerra Civil. Per això, volem compartir amb la ciutadania la història d'Antonio Gutiérrez, un llaurador malagueny que va fugir de la seua terra en ser atacada per les tropes franquistes i italianes en un dels episodis més cruents de la Guerra Civil. Fugida que es coneix com «la Desbandà». La seua tragèdia va ser comuna a la d'altres centenars de milers d'espanyols que van fugir de la dictadura de Franco l'any 1939, però el valor d'este relat radica en el fet que va ser escrit de pròpia mà per Antonio Gutiérrez.

La seua odissea va començar el 7 de febrer de 1937 al seu poble natal, situat a uns trenta quilòmetres a l'est de Màlaga, i va acabar, el 1948, a Le Havre, al nord de França, on va viure fins que va morir. Antonio no va anar mai a l'escola i va aprendre el necessari per a la seua vida com a llaurador. El seu relat està escrit, per tant, tal com ell parlava. Amb el seu estil directe i pròxim ens dona a conéixer, amb rotunditat, el cúmul de desgràcies que va haver de superar.

Antonio va escriure notes en paper de fumar de tot el que li passava en el dia a dia i, només quan va acabar el seu periple el 1948, ho va plasmar en un document conjunt. És per això un relat de detall i concreció. Estes vivències arranquen amb la partida del seu poble natal a Màlaga fins a Almeria, fugint de l'avanç de les tropes comandades per Queipo de Llano, que amenaçava amb entrar a Màlaga «a sang i sexe». Durant la fugida més de cent mil civils indefensos van ser metrallats i bombardejats durant uns quants dies. Es va atacar víctimes civils que no van comptar amb cap ajuda del govern de la República. Només el Socorro Rojo els va ajudar, recolzant-se en la solidaritat de les famílies dels llocs que travessaven. Així van recórrer tota la Comunitat Valenciana en la seua fugida cap a França, on van acabar en camps de refugiats.

Antonio va refer la vida a l'exili, però va conservar en secret, fins a la seua mort, el relat d'estes vivències que ara veuen la llum. Les seues besnetes, encara que assentades a l'Argentina, no van perdre el vincle familiar amb València, per això es van preocupar per perfeccionar el seu valencià i justament va ser el seu professor qui ens va donar a conéixer la història d'Antonio.

Ha arribat el moment en què les paraules d'Antonio, amagades i silenciades durant tants anys, vegen per fi la llum. Elles ens han de servir per a recórrer amb ell un terrible viatge que mai no hagué de patir. Esta vivència de mort, dolor i destrucció no hauria de repetir-se mai i és per això que hem de conéixer els errors del nostre passat per a protegir el nostre futur.

NELSON SEGUÍ

Docente y depositario de *Mi Odisea*

PRÓLOGO

El lector y la lectora se preguntarán, ¿cómo le llega a un valenciano la historia de *La Desbandá*, contada en primera persona por un andaluz de Málaga, siendo además la copia de su manuscrito original que permanece guardado a buen recaudo por su familia? Todo fue un cúmulo de casualidades. Me explico.

La *Conselleria d'Educació de la Comunitat Valenciana,* juntamente con la *Acadèmia Valenciana de la Llengua*, realizaron diversas convocatorias en las que se ofrecían ayudas para impartir cursos de valenciano en Argentina durante los meses de agosto y septiembre. Se habían iniciado en San Juan en el año 2003. Luego se fueron sumando más centros valencianos en el exterior. Le siguió Rosario, más tarde fue Montevideo, luego Bahía Blanca, y así sucesivamente hasta llegar a Córdoba en 2007. Conocí dicha convocatoria y, como profesor de valenciano, me presenté voluntario para impartir el curso. Después de presentar mi currículum y tras una entrevista con la secretaria de la *Acadèmia*, Verònica Cantó Doménech, me fue adjudicado el curso en la ciudad de Córdoba, una gran urbe de dos millones de habitantes que un día fue refugio de españoles emigrados por razones económicas o exiliados de la Guerra Civil. De tal modo que el mes de julio de 2007 (invierno en Argentina), me dirigí a Córdoba para hacerme cargo del curso durante los meses de agosto y septiembre.

Mi alegría fue inmensa en muchos aspectos. En primer lugar, porque iba a tener un contacto directo con los descendientes de valencianos y valencianas que residían en Argentina desde muchos años atrás. En segundo lugar, porque tenía la posibilidad de dar a conocer nuestra lengua a personas que tal vez sentían interés o curiosidad por volver a utilizarla, o simplemente porque querían conocer la lengua que oyeron a sus padres o abuelos. En tercer lugar, porque yo mismo volvía a mis orígenes más de 50 años después. Debo decir que nací en Buenos Aires en 1957. Mi padre tuvo que salir a trabajar a Argentina en 1950 en busca de nuevas oportunidades. También por miedo a ser detenido al estar afiliado al Partido Comunista, como ocurrió a su vuelta. Después de dos años trabajando como sastre, de maestro cortador en concreto, se casó por poderes con mi madre, que vivía en Villanueva de Castellón, como se llamaba entonces, y que también tuvo que partir. En estas circunstancias nacimos mi hermano mayor y yo en Buenos Aires. Nunca habíamos tenido la oportunidad de regresar a nuestro país de nacimiento, hasta el año 2007 en que lo hice yo.

Lo primero que debo remarcar es que, una vez en Argentina, mis expectativas se quedaron cortas, muy cortas. El recibimiento que me dio el presidente de Casa Valencia en Córdoba, Ernesto Marramá Sancho, de familia descendiente de Sellent, cerca de Valencia, fue muy cordial. Después de acomodarnos en el apartamento que Casa Valencia había contratado para mi estancia, nos dirigimos a la Facultad de Lenguas de Córdoba, donde nos facilitaron un aula para impartir las clases. Convocamos una primera reunión con los alumnos y alumnas que habían solicitado el curso, y acordamos impartir las clases por las tardes. Se formaron dos grupos atendiendo el horario que mejor se acoplaba a sus posibilidades. A partir de este momento todo fue un continuo fluir de sensaciones positivas. El hecho de comprobar la alegría que mostraban sus caras al oír hablar en valenciano, el cariño con el que me trataron, el interés por conocer no solamente la lengua sino también las costumbres, el ambiente, como vivía la gente en Valencia o la comida, ese interés, me llegaba directamente a lo más hondo de mi ser. Todo eran preguntas sobre la tierra de sus padres, madres, abuelos y abuelas. Las puras clases de gramática u ortografía quedaron desplazadas por ese interés general por la vida, hecho que aproveché para introducir ligeros conocimientos lingüísticos. Les hablaba de las recetas de platos típicos como el arroz al horno, la paella o el *all-i- pebre*. Les describía lugares y ciudades o las costumbres que aquí vivimos como algo normal. Uno de los casos más curiosos fue cuando les hablé del "*esmorzaret valencià*", me lo preguntaron no menos de cuatro veces. Pero todo lo hacíamos hablando la lengua que querían conocer y practicar, el valenciano.

De las abundantes anécdotas que podría contar, una se me quedó grabada para siempre. Fue cuando Ricardo Llobell, de familia descendiente de Dénia, de unos 80 años, se puso a llorar en mitad de la clase:

—¿Qué te pasa Ricardo?—pregunté.

—Que me recuerdas a mi padre cuando me hablaba valenciano— fue su respuesta.

La emoción nos inundó a todos. Tal fue la experiencia que decidió repetir al año siguiente, 2008.

Fueron cuatro meses, dos cada año, durante los cuales compartimos un tiempo precioso. Como docente, nunca había sentido tanta emoción, tantas sensaciones positivas ni tanta consciencia de nuestra historia. El cariño, la complicidad, el interés, la convivencia o la ternura que mostraban me llegaron a lo más profundo de mí. Las muestras de cariño y atención se trasladaban fuera de las clases, cuando era constantemente invitado a sus casas. Los asados, las pizzas, las meriendas, los paseos, en fin, las atenciones recibidas solamente las puedo entender como un gesto de agradecimiento de su aprecio y valoración por todo aquello que humildemente les estaba transmitiendo.

Otra anécdota, y no quiero abusar de la paciencia del lector, consistió en una representación a final de curso de la leyenda valenciana *Per la flor del lliri blau*, realizada por los alumnos argentinos en la lengua de sus ancestros, el valenciano, con vestuario, música y cantos incluidos. A todos los asistentes, ya que a la representación vino mucho público relacionado con Casa Valencia, se nos pusieron los pelos de punta por la emoción. En dicha representación teníamos como público, entre otras personas, a más de 30 valencianos y valencianas mayores de 70 años, algunos de los cuales que todavía hablaban el valenciano, escuchando cómo sus hijos, hijas, nietos y nietas estaban representando un cuento en "su lengua" con un marcado acento argentino. De vez en cuando se veía cómo los pañuelos acariciaban sus mejillas recogiendo

esas lágrimas de añoranza que creían que nunca se iban a producir. Fue realmente emocionante.

Y llegado a este punto solo me queda relatar cómo llega la copia de *Mi Odisea* a mis manos. Una vez llegado el fin de curso hicimos una fiesta de despedida. Después de los abrazos, los besos, los deseos de futuros encuentros en Córdoba o en Valencia, observé que las dos jóvenes del grupo, Mariana y Natalia estaban cuchicheando con algo entre las manos. Por fin se atrevieron a acercarse hasta donde yo estaba y me entregaron una libreta con unas fotocopias que, según me dijeron en aquel momento, era el relato de la huida desde Málaga a Francia de su bisabuelo y su familia. Ni ellas eran conscientes de la importancia de ese hecho histórico, de que el documento contenía el relato de la desgarradora historia, *la Desbandá*, que tuvo que padecer la familia de su bisabuelo y que sufrió su abuela para huir de la guerra que se estaba librando en España.

En ese momento me pareció muy interesante y me comprometí a traducirlo al valenciano y al castellano, y mandarles una copia. Años después, cuando me puse a trabajar aquel texto, me di cuenta de la importancia del escrito y empecé a preguntarme cuál era la relación que tenían con Antonio Gutiérrez. En ese momento no comprendía nada. Así que le pregunté a Amparo Máñez Cano, alumna algo más mayor con la que establecí una especial relación, y me explicó que ella era tía de Mariana y de Natalia y, a la vez, sobrina de María Gutiérrez, hija de Antonio Gutiérrez. Ahí estaba la relación. Son las casualidades de la vida.

En ese momento comprendí la relación de Antonio Gutiérrez con Casa Valencia de Córdoba. María Gutiérrez vivía en Francia cuando se casó con Francisco Máñez, exiliado valenciano de Sagunto (Valencia). Emigrantes en Córdoba, Argentina, Francisco Máñez presentó a su hermano, Samuel Máñez, a Amparo Cano Senent —padre y madre de Amparo Cano— alumna del curso, la cual convenció a sus sobrinas Natalia y Mariana para asistir con ella a las clases. Así se cerraba el círculo de las casualidades. Tenía en clase a las biznietas de Antonio Gutiérrez y la sobrina de María Gutiérrez. Francisco y Samuel Máñez habían tenido que huir de España por motivos políticos ya que era activistas y por lo tanto perseguidos por las autoridades fascistas.

Una vez traducido el diario se lo di a conocer a Rosa Brines, periodista especializada en la Memoria Histórica, y se puso en marcha toda la maquinaria para que este valioso documento llegara a sus manos y así tener consciencia de la verdadera historia de un exiliado español que vivió las auténticas barbaridades que ocurrieron en *La Desbandá*. Fue el sufrimiento de miles de familias y queremos hacer todo lo posible para que nunca más pueda volver a ocurrir.

No es la primera vez que se trabaja sobre este manuscrito. Duluc William, profesor de Turismo de la Universidad de Lumier Lyon hizo una traducción al francés en los años 90 precedida por una introducción histórica, aunque nunca llegó a publicarse. Por su interés, reproducimos a continuación un fragmento de su trabajo:

> *La historia de Antonio Gutiérrez y de su familia es la tragedia de unos 500.000 españoles que huyeron de la dictadura de Franco en 1939. Evidentemente, a raíz de películas, artículos de prensa o libros de historia, es fácil imaginar las penurias y dolores, pero esa impresión se queda corta y abstracta. Por otro lado, la lectura de los escritos de su propia letra, el hecho de saber cómo vivió realmente todos aquellos sufrimientos y desilusiones le da al documento un impacto mucho más fuerte. "Mi Odisea" empieza el 7 de febrero de 1937 en*

su pueblo natal ubicado a unos 30 kilómetros al este de Málaga y acaba en 1948 en Le Havre, ciudad donde vivirá hasta su muerte. Son principalmente de los primeros años, los más difíciles, los que nos relata en el manuscrito. El documento fue escrito unos años después de 1948, seguramente con la intención de exorcizar esos recuerdos y también para dejar constancia de los hechos. Las tres primeras "jornadas" parece que fueron escritas en el momento y después vueltas a copiar pues posteriormente los verbos están en pasado. Además de sus recuerdos Antonio utilizó apuntes que tomó, posiblemente en cajitas o papelitos, mientras estaba en la carretera realizando el éxodo. También conviene saber que este documento estuvo en "secreto" hasta 1974. Su familia conocía la existencia de este, pero nunca lo pudo leer. En 1974, el cineclub del barrio proyecta "Madrid, Madrid", de Frederic Rossif, y organiza un debate el tema del cual es la guerra civil española. En estas circunstancias, el organizador, se entera que Antonio es un exiliado político. Así, por primera vez, habló sobre su doloroso pasado y, por sorprendente que parezca, le dio a conocer este precioso documento, aunque en su origen fue escrito como un diario íntimo y que no estaba pensado para una lectura pública. Veinte años de silencio, de "digestión", fueron necesarios para que se animara a hablar. A menudo se nota vergüenza y un poco de timidez por evocar los periodos más conflictivos y los sufrimientos. La guerra civil es todavía un tema tabú en España, especialmente entre los supervivientes de aquella época, pues tenían vergüenza de ellos mismos (lo mismo ocurre en Francia con la actitud hacia el régimen de Pétain). De esto se habla poco en casa, y la mayoría de las obras escritas relacionadas con el conflicto fratricida son escritas por autores extranjeros. Además de los problemas de reproducción del original (la legibilidad es mala), la lectura también es dificultosa por varias dificultades tanto en el estilo, como en la ortografía, las palabras, las repeticiones o la poca destreza en los giros en muchas frases. Pero hay que tener en cuenta que Antonio nunca fue a la escuela, solo aprendió rudimentos de base que le enseñó su tío durante su niñez (el 50% de la población andaluza era analfabeta a principios del siglo XX). Antonio era un trabajador del campo, no un letrado que dominara las sutilidades de un lenguaje elevado. Por lo tanto, escribe tal como habla. Ese estilo sencillo provoca un fuerte contraste con los acontecimientos tan trágicos que narra. Emplea palabras sencillas y crudas para describir cosas terribles. Nos narra solo aquello que ocurre. Es una realidad muy fría, sin ningún tipo de revancha miserable, cosa que denota un gran honor.

Duluc William, Maîtrise de Tourisme,
Université de LUMIERE LYON-2, Année 1993-94.

En definitiva, hemos realizado un trabajo de reescritura del texto original respetando al máximo las palabras y expresiones originales. Sin embargo, hemos reescrito correctamente aquellas palabras, propias del lenguaje hablado, que hubieran obstaculizado en gran medida su comprensión, así como los nombres propios de los lugares en Francia que aparecen en el manuscrito. Antonio Gutiérrez no tenía estudios, como tampoco los tenía la mayoría de los españoles en aquella España de principios

del siglo XX, que sufría un nivel de analfabetismo que afectaba a más de la mitad de la población. Sin embargo, el valor testimonial del diario es innegable. En caso de duda, hemos contrastado el texto con la traducción al francés de Duluc William.

Para finalizar, quiero agradecer a la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia la publicación de esta obra que, aunque coordinada por Rosa Brines y por mí mismo, no hubiera sido posible sin la complicidad y la ayuda de la familia de Antonio Gutiérrez, desde Francia y Argentina. Asimismo, mi agradecimiento sincero a Duluc William por su colaboración siempre desinteresada; a Santiago Aparicio que, desde Madrid, nos ayudó y facilitó el contacto con el profesor de la Universidad de Málaga, Jesús Majada, biógrafo de Norman Bethune y autor de la introducción histórica; y en especial, a Lucas Sancho por su compromiso permanente y sincero con las españolas y españoles de Argentina.

JESÚS MAJADA

Revelador de La Desbandá y biógrafo de Norman Bethune.
Universidad de Málaga

CONTEXTO HISTÓRICO

Lo de Málaga fue una premonición, una representación a escala reducida de la tragedia que iba a padecer la España republicana durante la Guerra Civil: aguantó al principio el golpe de los rebeldes, vio cómo el poder caía en manos de las fuerzas populares, cómo el enfrentamiento de comunistas y anarquistas debilitaba la autoridad del Gobierno de la República y cómo se producían numerosos desmanes a manos de incontrolados; la defensa de Málaga se encomendó a batallones de milicianos deficientemente adiestrados, a veces asesorados por militares rusos; el papel de las Brigadas Internacionales fue puramente testimonial, pues no llegó a intervenir en la ciudad, y se redujo a la contención de la línea del frente en Motril, cuando Málaga ya estaba perdida. Por contra, en la toma de Málaga participaron cuerpos de ejército motorizados italianos y numerosa aviación italiana y alemana en apoyo del bando rebelde. Finalmente, la masiva huida de malagueños por la carretera de Almería fue un adelanto del éxodo republicano, dos años después, por la carretera de la Junquera en dirección a Francia durante los últimos meses de la guerra en 1939.

A mediados de 1936 un grupo de militares, apoyados por la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, se había levantado en armas contra el gobierno democrático de la República Española y provocó una guerra civil, que acaparó la atención de todas las miradas: entendía el mundo que lo que sucedía en España, era antesala de lo que le esperaba a Europa. "La democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Alemania, en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero. Es en España donde los verdaderos problemas de nuestro tiempo van a dilucidarse. Será en España donde la democracia muera o sobreviva", escribía Norman Bethune.

Madrid fue la primera ciudad en sufrir la embestida del fascismo, que ya había triunfado en Alemania, Italia y otros países de Europa central. Desde el comienzo de la guerra, el ejército golpista del general Franco se había acercado a Madrid. Todo hacía presagiar que la capital no resistiría, pues el frente se estableció a solo tres kilómetros. El mismo gobierno republicano decidió trasladar la capitalidad de la república a Valencia, en noviembre de 1936. Pero Madrid aguantó el ataque hasta el final de la guerra. Aquella defensa se convirtió en un ejemplo internacional, porque, desde

el principio, muchos madrileños abandonaron sus tareas cotidianas y se comprometieron en proteger su ciudad con una presteza inaudita, y con una unidad popular nunca vista en ejércitos de tropas heterogéneas. Igualmente, a la llamada de la Internacional Comunista cuarenta mil jóvenes de más de cincuenta países llegaron a España a defender la libertad frente al fascismo: las Brigadas Internacionales jugaron un papel fundamental en aquella empresa común de defender Madrid, empeño que se condensó en un lema pronunciado en un discurso por Dolores Ibárruri, *Pasionaria*. La divisa, de solo dos palabras, se convirtió en el santo y seña de todos los antifascistas del mundo: ¡NO PASARÁN!

Viendo que el cerco sobre Madrid no avanzaba, el ejército rebelde puso sus ojos en Málaga, la ciudad republicana más desguarnecida. Al frente del Ejército del Sur estaba el general Queipo de Llano. A finales de diciembre desembarcó en Algeciras un numeroso contingente militar italiano pertrechado de ultramoderno armamento de guerra: eran columnas diseñadas para vencer las defensas enemigas con acciones rápidas (*guerra celere*, en italiano). La ofensiva sobre Málaga comenzó a principios de febrero del 37. El domingo 7 desde primeras horas de la mañana se oía el fuego de baterías y puestos de ametralladora, y sobre el horizonte del mar aparecieron tres barcos de guerra que disparaban sus cañones. Los aviones no lanzaban bombas, sino octavillas: "¡Malagueños! Me dirijo en primer lugar a los milicianos engañados. Vuestra suerte está echada y habéis perdido. Un círculo de hierro os ahogará en breves horas..."; el texto lo firmaba el general Queipo de Llano.

La rápida caída de las defensas republicanas y las imprecaciones y dicterios radiofónicos de Queipo de Llano, que había anunciado que iba a entrar en Málaga a sangre y sexo, hicieron que la población, despavorida, huyera en masa por el único camino posible, la estrecha carretera entre el mar y la montaña que conduce hasta Almería: más de cien mil personas fueron ametralladas y bombardeadas por tierra, mar y aire a lo largo de varios días y de los doscientos kilómetros que separan ambas ciudades. Nadie se preocupó, por parte de la República, de organizar y canalizar la evacuación, que no fue tal, pues tanto las autoridades civiles como militares huyeron en primer lugar y abandonaron a los fugitivos a su suerte. Una columna italiana persiguió por tierra a los fugitivos; aviones italianos y alemanes de la Legión Cóndor los bombardearon desde el aire; y los cruceros Canarias y Cervera los cañonearon desde el mar. Fue el suceso más trágico de la Guerra de España y la primera vez en la historia de las guerras modernas en que se masacró a la población civil de manera sistemática e indiscriminada: "Lo mismo que pasó en la carreta de Málaga-Almería lo he visto luego, y lo sigo viendo, muchas veces en el cine y en la televisión. Creo que lo que hicieron en Málaga fue como un ensayo de lo que posteriormente sucedió en otras guerras. Pero la primera vez que se atacó y bombardeó así a la población civil fue a nosotros, en aquella carretera: ocuparon Málaga y prepararon una trampa criminal a la salida", recordaba Rosendo Fuentes, quien fue acogido en Valencia, en donde se quedó a vivir para siempre.

Así como la huida de los malagueños se convirtió en una caótica estampida, la acogida en Almería y posterior distribución de los refugiados por el territorio republicano estuvo eficiente y diligentemente llevada a cabo por el Socorro Rojo. Quienes sufrieron aquel éxodo siempre han recordado con profunda gratitud las atenciones que recibieron de murcianos, valencianos y catalanes.

Antonio Gutiérrez, el protagonista de este libro, recuerda el trato solidario que, de parte de los valencianos, recibieron los refugiados: "Llegamos a Valencia.



La caña de azúcar como único alimento.
Autor: Hasen Sise. Biblioteca Nacional de España

Nos dirigimos directamente al Comité de Refugiados, donde el delegado del Comité dio la orden al responsable del convoy de que nos llevaran a un convento que con anterioridad había sido de monjas, pero que ahora estaba destinado a este efecto. Allí pasamos tranquilamente la noche, donde dormimos en las camas muy cómodamente. Como gusanos de seda, por las pesadas y duras jornadas que llevábamos".

Pero hay muchos otros testimonios. José Ramón Zayas (10 años en 1937) recordaba: "Fui con mi hermano a Silla por batatas, pero a la vuelta, ya con la mercancía, los trenes estaban tan llenos que cada uno nos fuimos por nuestro lado. No llevaba ni dinero ni billete. Una señora se dio cuenta de lo preocupado que estaba y me dio dinero para el viaje, porque en Campanar tenía que coger otro tranvía. Nunca lo he olvidado...". Y sobre su estancia en Cuevas de Vinromá (Castellón): "En este pueblo pasamos los mejores tiempos de la guerra. Toda la familia pudimos estar en una casa digna. Fuimos acogidos con mucho cariño; tanto es así que muchas noches soñaba que estaba recorriendo sus calles. Años después pude regresar para mostrar a mi mujer aquel lugar. Aún me acuerdo de las personas que tan bien me trataron. De la señora Crescencia, a la que pude ver de nuevo y que una vez más nos ofreció su casa..."

Juan José Carmona Doblado (7 años) escribe en sus memorias: "Al amanecer, cuando ya nos aproximábamos a Valencia, se veían los campos de naranjales. Había unas muchachas que, por orden de las autoridades, se acercaban al tren que había reducido su marcha, casi estaba parado, y nos daban cestos de naranjas. Nos las repartíamos entre la gente que estábamos en el vagón. Nos vino bien para calmar el hambre".

Manuel Muñoz Robles (12 años): "A nosotros nos subieron en camiones, junto a otras familias de Vélez y nos llevaron hasta Novelda (Alicante). Era de noche cuando llegamos a este pueblo; seguramente nos esperaban, porque nos tenían preparados en una iglesia unos camastros para pasar esa noche; también repartieron algo de comida y leche para los niños. Pasaron unos días y comenzaron a alojarnos en viviendas particulares: nos atendieron muy bien y a mis padres les cedieron un piso de los mismos dueños de esa vivienda".

Enrique Atencia Portillo (6 años): "Mi madre, mi hermana, mi abuela y yo fuimos a parar a Alicante y de allí a Novelda. A los refugiados, como así nos llamaban, nos repartieron por casas de gente que podían acoger a personas. A mi madre, mi hermana y a mí, nos acogió un médico de Novelda; este doctor, que era una gran persona, como su señora, fueron para nosotros como unos padres. Mi madre estaba como criada, y nosotros viviendo en dos dormitorios que nos habían preparado, ya que el matrimonio no tenía hijos. Me pusieron en una escuela cuando cumplí seis años y todas las tardes después de la consulta, don Antonio, que así se llamaba, me sacaba de paseo y me llevaba al cine o a la Glorieta."

Contaba Isabel Anaya Serrano (7 años): "Al poco nos llevaron en un tren a Alicante y luego a Almazora, al lado de Castellón. Vivíamos en un almacén de naranjas. Repartían ropa entre los refugiados. Había allí una muchacha –se llamaba Isabel, como yo, y tendría unos quince años– que se encariñó conmigo, y me dijo que si quería ir a vivir a su casa. Yo le dije que sí, y al día siguiente vino con sus padres (se llamaban Paco e Isabel) para recogerme. Recuerdo que me lavaron, me pusieron ropa limpia y unos patucos rosas para dormir. Una hermana de la señora recogió a mi hermana María. Los refugiados tenían que hacer colas largas para comer; yo les pedía a los padres de Isabel comida para mis hermanos, y me daban unas cocas grandes que yo les llevaba...".

Y Rosendo Fuentes Ayllón (12 años) recordaba: "Pasamos hambre y comíamos



Una niña comiendo caña de azúcar con su muñeca en el suelo.
Autor: Hasen Sise. Biblioteca Nacional de España

caña de azúcar. En Almería permanecimos durante nueve días, y luego vinimos a Valencia, donde hasta hoy vivo. No sufrimos represalias después: mi padre murió justamente cuando la guerra terminó. Mi familia y yo no tenemos para los valencianos otra cosa que agradecimiento...” Sus hijos viven en Valencia y se sienten enteramente valencianos.

El bando republicano sintió la caída de Málaga como un tremendo revés, y fueron muchas las voces que se alzaron contra la indolente actitud de las autoridades: en varias ciudades se produjeron manifestaciones en contra del gobierno de Largo Caballero, por lo que el mando republicano silenció los hechos y estableció la censura informativa. Para los alzados, en cambio, la toma de Málaga fue el primer gran triunfo desde el comienzo de la guerra. Y lo airearon a todos los vientos.

Asociada indisolublemente a la tragedia de la carretera de Almería emerge la figura de Norman Bethune, un primer médico sin fronteras que atendió a los más desfavorecidos en Canadá, su país, luego vino a España para ayudar a los servicios médicos de la República en su lucha contra el fascismo y finalmente se fue a China, invadida por los japoneses. Allí murió.

Era un célebre cirujano torácico que desarrolló nuevo instrumental quirúrgico para el tratamiento de la tuberculosis. Pero la preocupación principal de Bethune era la socialización de la medicina, pues había comprobado que la mortandad era más alta entre sus pacientes más pobres por la falta de higiene y de cuidados médicos adecuados. Las deficiencias de los servicios de sanidad pública y el fascismo eran sus enemigos personales.

En octubre de 1936 abandonó su acomodado puesto de Jefe de Servicio del Hospital Sacré-Coeur de Montreal, y viajó a España para trabajar como médico voluntario (“No he venido a España a derramar sangre, sino a darla”). Durante sus visitas al frente de Madrid observó que muchos heridos no sobrevivían a la pérdida de sangre, pues, aunque llegaban vivos al hospital, ya estaban demasiado debilitados y fallecían. En Valencia invirtió muchas horas en convencer a los escépticos doctores del Socorro Rojo de la viabilidad de crear una unidad móvil de transfusión de sangre: sólo cuando Bethune les aseguró que su proyecto sería totalmente financiado con dinero canadiense le fue posible obtener su aprobación. Hasta entonces las transfusiones se hacían de brazo a brazo, pero él creó el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, cuya misión era distribuir sangre por los hospitales de Madrid. La Generalitat de Cataluña había creado poco antes un sistema similar para dar cobertura al frente de Aragón. Ambos servicios fueron los primeros del mundo en realizar esta misión.

En enero de 1937 decidió Bethune establecer su centro de operaciones en Valencia, mejor situada que Madrid para coordinarse con Barcelona y para alcanzar más fácilmente los frentes de Córdoba y Málaga. Cuando tuvo noticia de la operación militar sobre Málaga, se dirigió con su ambulancia hacia la ciudad. Le acompañaban Hazen Sise y Thomas Worsley. Llegaron a Almería el día 10, cuando ya hacía dos días que Málaga había caído.

A pesar de las recomendaciones de que no siguieran adelante, Bethune decidió continuar. Con su furgón-ambulancia enfilaron la carretera de Málaga y a sesenta kilómetros se toparon con las masas de fugitivos, que ya llevaban varios días de camino: “Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio hacia una ciudad situada a cerca de doscientos kilómetros de distancia. Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos”.



Interminable cadena de refugiados.
Autor: Hasen Sise. Bibliothèque et Archives Canadá

Avanzaron hasta Castell de Ferro, casi a mitad de camino entre las dos ciudades, y ya no pudieron progresar más, pues el ejército italiano se encontraba a poca distancia. Ante la descomunal proporción del éxodo, desmontaron todo el aparataje médico de la camioneta-ambulancia y, durante tres días y tres noches, pusieron a salvo a muchos niños y mujeres que llevaron a Almería. Bethune, Sise y Thomas Worsley, fueron los primeros en ayudar a los que huían por la carretera. Su acción es señaladamente encomiable y debe permanecer en la memoria y gratitud de las personas de bien. Pero el alcance de su labor tuvo también otras trascendencias, pues ellos fueron los únicos que se encargaron de dar a conocer al mundo las dimensiones de la tragedia: Thomas Worsley publicó en 1939 *Los ecos de la batalla*, testimonio absolutamente imprescindible -por la minuciosidad, la objetividad y la cercanía de lo relatado- para conocer lo sucedido en la carretera Málaga-Almería; Hazen Sise fue quien tomó todas las fotografías que se conocen sobre aquella ingente huida, y que han servido para recuperar la memoria del suceso. Norman Bethune con las fotografías obtenidas por su ayudante Hazen Sise publicó inmediatamente un opúsculo con ediciones en español, francés e inglés titulado *El crimen de la carretera Málaga - Almería*, que difundió como conferenciante por Canadá y Estados Unidos.

* * *

Año y medio más tarde, en la segunda mitad de 1938, tuvo lugar la decisiva Batalla del Ebro. Tras cuatro meses de crudos enfrentamientos, la balanza se inclinó a favor de los sublevados. La suerte de la República ya quedó echada, y en febrero de 1939 desde Cataluña una ingente masa de españoles volvió a llenar los campos, esta vez hacia Francia y camino del exilio.

Estas vicisitudes, tan dramáticas y tan traumáticas, devastaron la vida de quienes las padecieron ("De todas las historias de la historia / la más triste sin duda es la de España..." escribió Gil de Biezma) y permanecieron nítidamente en la memoria de muchos. Algunos creyeron en la necesidad vital, en la obligación moral de dejar constancia escrita de su odisea. Así lo entendió Antonio Gutiérrez.



Retrato de la familia Gutiérrez Romero en Francia hacia 1942. De izquierda a derecha, en la parte superior, Antonio Gutiérrez y su mujer, Carmen Romero, con sus hijos Antonio, Carmen y Francisco. En la parte inferior, Miguel, María y Juan. José falleció en 1939 tras cruzar los Pirineos.

MI ODISEA

Memorias de Antonio Gutiérrez

1937

En la noche del 7 de febrero de 1937, serían las 10 de la noche, viose este compatriota español en la imperiosa necesidad de tener que abandonar su modesto hogar acompañado con toda su prole, su esposa y su anciano padre, que contaba unos 65 años de edad. Así como tantos y tantos, miles y miles de compatriotas españoles, tuvieron que abandonar sus hogares familiares para no caer en las manos asesinas del traidor y asesino del verdugo de Franco.

Noche clara y silenciosa, noche en que brillaban las estrellas bajo aquel cielo andaluz, que se horrorizaba al sentir los quejidos de los niños y de las mujeres. El traquetear de las carretas de bueyes y el runrún de los motores de los camiones hacían entristecer los corazones más duros que puedan subsistir sobre la tierra.

En la noche del 7 de febrero, como ya he dicho al principio de este capítulo, salimos unos de Málaga, otros de Torre del Mar, otros de Vélez-Málaga, y de todos los pueblos de la provincia (para qué citar todos los nombres de los pueblos). En definitiva, la caída de Málaga representaba lo más trágico que se había visto durante la guerra en España. Tuvimos que abandonar nuestros hogares y nuestras familias para no caer en las manos y bajo la opresión de las fuerzas franquistas protegidas por el Eje italo-alemán.

Primera jornada

La primera del 7 por la noche se efectuó muy bien, saliendo carretera adelante en dirección a Almería y llegando a los primeros resplandores del día 8 al pueblo de Nerja (Málaga), donde realizamos la primera parada para reposar un poco. Internándonos entre las montañas para guardarnos del peligro de la aviación fascista y de los piratas de cruceros, llamados el Canarias y el Cervera, los cuales, de vez en cuando, se dedicaban a lanzar obuses sobre la gente que avanzaba por la carretera.

Segunda jornada

Por la noche del día 8 se emprendió la segunda jornada, que tampoco fue muy pesada, haciendo unos treinta kilómetros, como el día anterior. Llegamos a los primeros resplandores del sol del día 9 a un sitio montañoso y despoblado, donde permanecimos ocultos entre malezas, para no ser vistos por el enemigo, y donde se condimentó un poco de comida durante el día para saciar y satisfacer un poco el apetito.

Día 9

Así transcurrió el día 9 hasta que el sol ocultó sus rayos sobre el horizonte para poder emprender la tercera jornada por la noche, porque era imposible poder caminar durante el día por las atrocidades cometidas por la aviación franquista y porque los cruceros, llamados Canarias y Cervera, continuaban haciendo los estragos más horribles que ha conocido la historia sobre la indefensión del pueblo republicano.

Tuvimos que sufrir todas las miserias imaginables para no caer entre las manos de las legiones extranjeras, a quienes el verdugo y traidor de Franco había abierto las puertas para entrar a la desbandada en nuestra añorada España querida, inmolando y masacrando vidas

inocentes de mujeres, niños, ancianos, jóvenes y todos cuantos caían en sus manos, exactamente como alimañas, para devorarlos.

Serían las tres de la mañana cuando llegamos al pueblo de Salobreña. Los animales que tiraban de las carretas iban cansados; las mujeres, hombres y niños ídem de lo mismo. Acordamos descansar un poco. Todavía no habíamos descansado una hora y por las montañas, a unos cincuenta kilómetros, se veía un hormigueo de luces. Era el enemigo, que se aproximaba hacia la costa para rodearnos y cortarnos el camino hacia el pueblo de Motril. Antes de caer en manos de las fuerzas hitlerianas e italianas emprendimos inmediatamente la marcha carretera adelante, sin parar un momento. Serían las cuatro de la tarde cuando llegamos a Almuñécar y paramos escasamente una hora para tomar un bocadillo y al mismo tiempo para echarles de comer a los bueyes.

Terminado esto emprendimos de nuevo viaje, siempre con dirección a Almería. Pronto llegamos al río Motril, que es un poco caudaloso e iba en grande crecida, a consecuencia de las torrenciales lluvias que habían caído unos días antes de la caída de Málaga. Nos encontramos con que el puente estaba echado abajo por el bombardeo de los barcos piratas.

Estos acontecimientos ocurrían cuando se perdieron los últimos resplandores del día y la noche amenazaba con sus tinieblas, sus nubes de tormenta y sus lluvias. Mucha gente se lanzó dentro del río para no caer en las manos de Franco. Muchos fueron llevados por la corriente y no pudieron salvar sus vidas.

Después se corrió el rumor de que, a unos dos o tres kilómetros más para arriba, hacia la montaña, había un puente de madera donde había que rodear ocho o diez kilómetros. Tuvimos a bien rodearlo antes que ser arrastrados por la corriente del río, pues cómo dice el refrán: "más vale rodear que no caer".

Por fin llegamos a Motril, ya provincia de Granada. Pasando este pueblo siete u ocho kilómetros ya venía amaneciendo el día 10 de febrero y el sol, con sus rayos resplandecientes, alumbró y calentó los cuerpos, inertes y extenuados tras la penosa y fatigosa jornada. Estábamos tan fatigados y agotados que es imposible describirlo en estas páginas.

Día 10

El 10 la jornada fue un poco más alentadora para los ánimos del pueblo republicano. Nos sentíamos más tranquilos por estar fuera de peligro, por no ser cogidos por las fuerzas franquistas. Nuestros cuerpos se encontraban fatigados por el cansancio de la dura jornada de la noche del 9 y por la razón de que ya habíamos salido del peligro de ser cercados por el ejército franquista.

Estábamos muy tranquilos sobre ese particular, todos descansando tirados por tierra, cuando llegaron el Ejército Republicano y las Brigadas Internacionales para asentar el frente en las proximidades del pueblo llamado Motril. Y así fue, nos encontramos en la carretera al Ejército Republicano y las Brigadas Internacionales que venían de Valencia, Murcia y Almería. Íbamos corriendo despavoridos para salvarnos del enemigo y soldados nos gritaban: ¡camaradas, no correr, que nosotros vamos a parar el avance de esos canallas, no irán muy lejos! Y así transcurrió el día 10, de una manera alentadora.

Retomamos otra vez la marcha, llenos de odio, mientras se aproximaba la noche, en la que los últimos resplandores del día se ocultaban por el horizonte, para emprender de nuevo otra jornada que emprendimos más animosamente, paso tras paso y kilómetro tras kilómetro. Los pies se tambaleaban por el cansancio, los pocos víveres para poder alimentar el cuerpo y por los padecimientos inimaginables sufridos en los días transcurridos.

Teníamos los pies hinchados, llenos de llagas y rozaduras. Una parte del gentío y aglomeración del personal andaban con las manos y las rodillas por tierra, les era imposible andar de pie. Así fuimos andando todo el día 10, como de costumbre, hasta que se aproximara la noche y poder descansar un poco, para emprender de nuevo y continuar al día siguiente.

Día 11

El día 11, como de costumbre, por la noche continuamos el viaje. Era imposible poder caminar. Los niños inocentes gritaban; a las madres, cuyos hijos habían desaparecido de su lado, se les desgarraba la garganta llorando y gritando para encontrarlos. Era imposible lograr tal propósito en medio de tanta muchedumbre. Del mismo modo, los padres, los hermanos, los hijos y las mujeres tenían el cerebro atrofiado por el desbarajuste, el bullicio y los lamentos, por los gritos atronadores que hacían estremecer los corazones más aguerridos, duros e implacables y al hombre más duro que pueda existir sobre la tierra y en la órbita del mundo.

Al final de tanta peripecia sufrida pudimos llegar a un pueblo llamado Adra, provincia de Almería, al amanecer del día 12. Allí estuvimos todo el día, como de costumbre, para caminar por la noche y librarnos del peligro de las ametralladoras de la aviación italo-germana, la cual bajaba a una altura de 150 metros, desde donde ametrallaban horriblemente, sin compasión y sin piedad ninguna, allá donde había gente. Hacían prueba del salvajismo más horrible que un hombre con conciencia humana pudiera cometer. Solo un hombre miserable y estúpido como Franco, un hombre sin entrañas, era capaz de tal crimen.

Día 12

Al fin salimos de Adra el 12 por la noche, como los días anteriores. Caminando silenciosamente, entre gritos y gemidos, por el bullicio de la aglomeración del personal, por los dolores y sufrimientos, por los pies. El ansia inagotable por saciar el apetito era insoportable.

Así fuimos, día tras día, de etapa en etapa, hasta llegar a Almería capital, ocho días después de haber salido de la provincia de Málaga, en la cual nunca se había conocido a lo largo de la historia parecida catástrofe, desbarajuste y descomposición de familias enteras, que no volverían a reunirse jamás en la vida.

Llegamos por fin a Almería después de ocho días fatigosos y perniciosos, después de haber presenciado los horribles crímenes cometidos por el fascismo contra la multitud y aglomeración republicana, que caía desoladamente por tierra acribillada por la metralla fascista.

Pues bien, paramos a la entrada del pueblo almeriense en una explanada que hacía un montículo. Allí permanecimos dos días, por lo cual corríamos el mismo peligro que cuando veníamos por la carretera, por la razón de que se encontraba fondeado en el puerto el acorazado Jaime Primero, al que de vez en cuando venía a bombardear la aviación fascista. Hacía falta, por lo tanto, volver a arrancar de nuevo hacia el otro lado de Almería.

En un pueblo pequeño, a unos cuatro o cinco kilómetros, llamado Huércal; allí nos reconcentramos en un edificio destinado originariamente a ser un cine, cuyo espacio de dicho local tendría unos 20 metros de ancho por 40 metros de largo. Allí nos encontramos con los compañeros del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores, que pertenecían a la sección de Torre del Mar y de Vélez-Málaga. Total, estábamos allí

un cierto número de personas que no podíamos estar en ese espacio; aquello era insano, antihigiénico e insalubre.

Debido a tanta familia reunida y a la ignorancia de los más pequeños, y a las prisas por evacuar, la gente no tenía más remedio que hacer sus necesidades allá donde les venía en gana. En definitiva, para acabar con esta tragedia, tuvimos que permanecer en este estado anormal cuatro o seis días hasta que, en vista que era imposible continuar en este estado tan insalubre, no solo en el local sino en toda la capital de Almería, vimos que teníamos que continuar.

No había ni un palmo de tierra que estuviera vacío hasta que, en vista de esto, el Gobierno de la República dio la orden de evacuar a todos y de llevarnos a Cataluña y repartirnos por las cuatro provincias: Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona. La evacuación se realizaría por tren, por barco y por carretera en camiones, siendo nosotros unos de tantos que fuimos en camión.

Llegada a Valencia

Salimos de Almería el 23 de febrero, cerca de las cinco de la tarde. Esta evacuación fue más tranquila y menos dura que la anterior desde Torre del Mar a Almería.

Tal y como he dicho anteriormente, serían hacia las cinco de la tarde cuando partimos de Almería y fuimos sin parar, en camión, hasta las diez o diez y media de la noche, cuando llegamos a un pueblo, no sé cómo se llama, donde los chóferes hicieron una parada para descansar y dormir un poco.

Decían que estaban muertos de sueño, pues era el segundo viaje que hacían y no habían dormido la noche anterior. Ellos entraron a dormir en una posada mientras nosotros permanecimos en el

anuestras mugeres y los niños al go que tanbien calentaro sus estomagos. Pero todo esto lo isimos sin desir nada a los chofes. Nº 000070

Cuando los chofes se le vantaro echaron manos alos Camiones para en prender de nuevo el Viaje, Cuando se dieron cuenta las mugeres que estaban un poco dormidas los Camiones hivan ya por las afueras del pueblo y prin si piaron agritar y disiendoles que pararan que los hombres abian salido atomar cafe y no estavámos presentes in media ta mente se pararon de seguida asta que nosotros ye gamos y con toda Velosidad en prendimós el Viaje.

Pasamos por Alicante y Murcia serian las 10-0-las-11 de la mañana Cuando ye gamos a Murcia nos llevaron al Comites de Refugiados el que hiva en cargado del Comvoi para que nos dieran de comer, desequida que termina mos en prendimos otrabes el Viaje con direccion a Valencia.

Estuvimos todo el dia 25 Caminando atoda Velosidad asien-

que pasar para tomar gasulina y al mismo tiempo los Motores de los Camiones se en friaran un poco y nosotros tan bin tomar algo con que halimentar nuestros es tomagós,

En el tiempo que asiamos este intervalo de reposo el pueblo fervoroso de entusiamo y dolorido por nuestra des gracia que tubimos que abandonar nuestros hogares y nuestra Tierra natal Acudian con toda amabelidad y gratitud a nuestro haucilio todo cuanto es taba asu alcanse nos davan naran— jas pan bin bacalao chorizos y otras cosas asin por helytilo de fiambres, y al gunas botellas de vino.

Asin fuimos todo el dia asta que llegamos a Valencia serian las 11 de la noche. Fuimos directa mente al Comites de Refugiados al cual le dio la Or—

don el de legado del Nº 000071
Comite al Responsable del Convoi
nos llevera aun Conbento que
abia sido de Monjas y estaba
des tinado hatar efecto.

Halli pasamos la noche
tran quila mente dormimos en
Cama muibien Como gusanitos
de Zeda por las pesadas Jornadas
tan duras, Cuando amanecio el dia
nos levantamos y no fuimos aver
si encontravamos algo con que
Calentar lo estomagos que estaban
des tragados de las malas noches en
el Camion, Como es natural nos
fuimos a tomar Cafe con fegerigos
Cada cual se ucupaba de su
familiares.

Per manesimos en dicho
lo cal asta las 12- del dia 26 nos
dieron la Orden para hir a la es-
tacion para salir Con destino para
Cataluña. Le gamos a la Estacion
y antes de en barcar en el tren nos
dieron de Comer enun Comedor que
estaba para tal efecto en la misma
Estacion.

Partio el Tren de Valencia
Con rumbo a Cataluña a la 1 del
dia 26 de Fevrero es tuvimos en el

camión hasta que se hizo de día, lo cual tampoco fue nada agradable por el frío y el hielo que nos caía. Cuando se hizo de día, los hombres dispusimos ir a tomar un café para calentar un poco los estómagos y buscar un poco de pan para nuestras mujeres y los niños, y algo que también calentara sus estómagos. Pero todo esto sin decir nada a los chóferes.

Cuando los chóferes se levantaron echaron mano a los camiones para emprender de nuevo el viaje. Cuando se dieron cuenta las mujeres, que estaban todavía un poco dormidas, los camiones iban ya por las afueras del pueblo y ellas empezaron a gritar, diciéndole a los chóferes que pararan, que los hombres habían salido a tomar café y no estaban presentes. Inmediatamente pararon enseguida hasta que nosotros llegamos y, a toda velocidad, retomamos el viaje.

Pasamos por Alicante y Murcia, serían sobre las diez o las once de la mañana. Cuando llegamos a Murcia, nos llevó al Comité de Refugiados el encargado del convoy para que nos dieran de comer. Enseguida que terminamos emprendimos otra vez el viaje en dirección a Valencia.

Estuvimos todo el día 25 caminando a toda velocidad, parando de vez en cuando en los pueblos por los cuales pasábamos para descansar, cargar gasolina y al mismo tiempo esperar a que se enfriaran un poco los motores de los camiones y que nosotros tomáramos algo con que alimentar nuestros estómagos.

En el tiempo que hacíamos este intervalo de reposo, el pueblo, fervoroso de entusiasmo, pero dolorido por nuestra desgracia, ya que tuvimos que abandonar nuestros hogares y nuestra tierra natal, acudían con toda amabilidad y gratitud en nuestro auxilio. Todo cuanto estaba a su alcance nos daban: naranjas, pan, bacalao, chorizos, y otras cosas así al estilo de fiambres, y algunas botellas de vino.

Así fuimos todo el día hasta que llegamos a Valencia, serían las once de la noche. Fuimos directamente al Comité de Refugiados, donde el delegado del Comité dio la orden al responsable del convoy de que nos llevaran a un convento que con anterioridad había sido de monjas, y estaba destinado a tal efecto.

Allí pasamos la noche tranquilamente. Dormimos en cama muy bien, como gusanitos de seda, por las pesadas y duras jornadas. Cuando amaneció el día nos levantamos y nos fuimos para ver si encontrábamos algo con qué calentar los estómagos, que estaban destrozados por las malas noches pasadas en el camión. Como es natural nos fuimos a tomar café con tejeringos. Cada cual se ocupaba de sus familiares.

Permanecimos en dicho local hasta las doce del día 26, cuando nos dieron la orden de ir a la estación para salir con destino a Cataluña. Llegamos a la estación y, antes de embarcar en el tren, nos dieron de comer en un comedor que estaba para tal efecto en la misma estación.

Llegada a Cataluña

Partió el tren de Valencia, rumbo a Cataluña, a la una del día 26 de febrero. Estuvimos viajando todo el día y toda la noche hasta el amanecer del día 27, en que llegamos a Tarragona. En el tren pudimos comer porque estábamos provistos de comida que nos habían dado durante el viaje en camión, además de naranjas y otras cosas que habíamos comprado.

Así que llegamos a la estación de Tarragona. El delegado que se había hecho cargo de nosotros nos llevó al comedor destinado a los refugiados para darnos de comer.

Durante el tiempo que estuvimos comiendo, el delegado estuvo realizando las gestiones oportunas con el Ayuntamiento de

Tarragona para que pusiera autobuses para hacer la repatriación. Efectivamente, una vez todo acordado, se procedió a realizar la repatriación. Alrededor de las diez de la mañana, cada familia se dirigió a diferentes pueblos de Cataluña. Estas expediciones se realizaron desde Tarragona capital a los pueblos cabeza de partido porque estos, con la mediación de los diferentes comités que había en los pueblos cabeza de partido, estaban llamados a distribuirnos por los pueblos más pequeños que a ellos pertenecían.

El pueblo cabeza de partido al cual tocó ir a nuestra expedición se llamaba Valls. Desde este pueblo fuimos distribuidos por los diferentes pueblecitos que pertenecían a su distrito. A dos familias nos tocó ir a un pueblo llamado Vallmoll. Casualmente, las dos familias que fuimos éramos de la provincia de Málaga. Uno se llamaba Antonio Rojas, de un pueblo llamado Jubrique, y la otra era la familia de Antonio Gutiérrez, de Vélez-Málaga.

Una vez instalados en este pueblo llamado Vallmoll, nos quedamos algunos días para descansar, puesto que estábamos muy fatigados por el cansancio acumulado por tantos días de viaje largo y pesado. Nos pusimos a trabajar, como era natural, para ganar el sustento para alimentar a nuestros familiares y sufragar gastos, por si había que comprar camisas, pantalones y otras cosas por el estilo. Pero en vez de trabajar individualmente con patronos nos pusimos a trabajar en la colectividad agrícola que había en este pueblo, organizada por la Confederación Nacional del Trabajo, en la cual estuvimos dos años consecutivos.

El primer año fue normal y tranquilo, a pesar de las amarguras que por la guerra sufrían otros pueblos próximos donde se encontraban los frentes, o sea, la línea de fuego.

El segundo año fue peor para el pueblo de Cataluña, más duro y más pernicioso que el anterior, porque ya principiaban a conocerse los

rigores de la guerra al acercarse los frentes hacia Aragón y Valencia, y por la proximidad del Ebro.

Llegamos el 27 de febrero de 1937 a Vallmoll, como he dicho más arriba, donde permanecimos dos años consecutivos. Allá por el mes de enero de 1939 ya había caído Aragón y casi toda la provincia de Lérida. Un sector de la hiena fascista bajaba en dirección a la costa entre Castellón de la Plana y Vinaroz; otro sector avanzaba por las montañas de Lérida que estaban a la vista de las proximidades de la provincia de Tarragona. El 7 de enero de 1939 tuvimos que evacuar una segunda vez todos los que veníamos de Andalucía, Madrid, Bilbao, Santander, Asturias, San Sebastián, en fin, de toda la Península Ibérica; incluso catalanes que decían que a Cataluña nunca llegarían las fuerzas mercenarias del generalote y miserable traidor de Franco, fuerzas protegidas por las divisiones Flechas Negras, Lictorio[sic]*, Mansenis*[sic] *y Cóndor, que avanzaban sobre Cataluña.*

Huida a Gerona

Pues en este día del 7 de enero de 1939 tuvimos que abandonar la provincia de Tarragona. Unos cogimos el tren y otros por carretera, con carretas y carros tirados por caballerías, en dirección a Barcelona. Tanto los que íbamos en tren como por carretera fuimos ametrallados por la aviación fascista, la cual hizo estragos con numerosas víctimas: niños, mujeres... Volvimos a vivir la misma tragedia que sufrimos en Málaga. Quienes tuvimos la suerte de poder subir al tren, llegamos a Barcelona a las diez de la noche y fuimos directamente a entrar al refugio que había en la estación, para librarnos del bombardeo que se cernía encima de la capital de Barcelona. Allí estuvimos toda la noche y todo el día siguiente, hasta las cuatro de la tarde, en que cogimos el tren en la Estación de Francia en dirección a Gerona.

Serían las cuatro de la tarde del día 8 cuando salimos de Barcelona en dirección a Gerona. Llegamos a las 7 de la madrugada del día 9 y allí permanecimos todo el día, mal comidos y desalentados porque no sabíamos dónde íbamos a ser alojados. El Comité de Refugiados que había en dicha población no quería ocuparse de nosotros para nada. Por fin, a fuerza de insistir en que había que dar una solución a nuestro problema, tomaron la determinación de repatriarnos a varios pueblos de la provincia. Y así estuvimos todo el día casi sin comer, solo con los pocos víveres que todavía teníamos y un poco de pan, pero no podíamos decir nada, aunque la ración era tan pequeña que no teníamos ni para el almuerzo de la mañana. Serían las tres de la tarde cuando nos dieron la orden de preparar el equipaje para marchar. Efectivamente, enseguida llegaron cuatro o seis autocares. Inmediatamente subimos y cada cual salió en dirección a su pueblo de destino. Al que suscribe estas cuartillas le tocó ir a un pueblo llamado Gualta. Cuando llegamos al pueblo, quien hacía de alcalde tampoco quiso acogernos para darnos refugio.

En fin, nos enteramos por otros refugiados que ya hacía bastante tiempo que estaban en dicho pueblo de Gualta, que en un pueblo situado a cuatro kilómetros de allí había una agrupación militar de intendencia que podía resolvernos este problema. Enseguida, una comisión formada por dos camaradas fue a hablar con el jefe responsable, el cual nos puso diez soldados a nuestra disposición y así fue como el alcalde no tuvo más remedio que darnos inmediatamente refugio. Nos instalamos en un edificio, o mejor dicho, en la iglesia, que había sido desalojada de todas las imágenes desde el dieciocho de julio del 36, como ocurrió en la España que dominó el gobierno republicano. Nos quedamos solo dieciocho días en Gualta. Las fuerzas franquistas estaban ya en Barcelona e incluso habían sobrepasado la provincia y en varios sitios habían avanzado hasta Gerona. Así que tuvimos que evacuar inmediatamente por segunda vez Cataluña, pero ya en dirección a Francia.

En dirección a Francia

El 27 de enero salimos de la provincia de Gerona en dirección a Francia. A las tres de la tarde salimos de Gualta, juntamente a los compañeros con quienes trabajamos en la colectividad, con carros y caballos y con aquello más preciso en cuestión de comida, ropa, mantas... En definitiva, aquello más necesario. Yo me puse a trabajar en la colectividad enseguida que llegué a dicho pueblo, por eso pude salir con ellos. Pusieron un carro y un caballo a mi disposición para llevar a mi familia puesto que, por los más pequeños, era imposible poder ir a pie por la carretera.

Estuvimos toda la tarde del 27 caminando. Justo serían las doce de la noche cuando nos apartamos a un lado de la carretera, contra unas paredes de unas casas viejas que estaban derrumbadas, con el fin de dar de comer a los caballos y para tomar nosotros mismos algo para recuperar fuerzas. Poco después, hacia las dos o las tres de la madrugada continuamos de nuevo el viaje sin parar ni un momento. Serían las diez de la mañana cuando nuevamente nos separamos de la carretera unos quince o veinte metros, en medio de unos olivos, y desenganchamos los caballos de los carros para descansar un poco y comer.

Cuando comprendimos que estábamos bien descansados y bien comidos, preparamos otra vez los carros y los caballos y continuamos el viaje tranquilamente, puesto que no veíamos la aviación del enemigo. Íbamos pues en dirección a Francia, pero todavía teníamos que pasar por el último pueblo de la provincia de Gerona, a unos cuatro o cinco kilómetros de la frontera. Llegamos a las proximidades de este pueblo y un kilómetro antes de llegar, cuando ya se iba perdiendo la luz del día, nos encontramos reconcentrado un número considerable de soldados del ejército republicano que nos impidió el paso. Nos hicieron retroceder atrás cerca de un kilómetro, nos apartaron de la carretera y nos hicieron meternos hacia las montañas.

Pues bien, se aproximaba la noche; una noche oscura y tenebrosa que amenazaba con nublados de truenos y relámpagos. El soplar del aire huracanado era tan fuerte que hacía estremecer los cuerpos de todos los humanos expuestos a la tormenta de esta terrible noche. Nos aposentamos allí, cada cual como mejor pudo para guarecerse de la torrencial lluvia que caía. Unos iban a la montaña a cortar leña para hacer grandes hogueras para calentar los cuerpos, otros pusieron lienzos fuertes sobre los carros para cubrir a sus hijos y las cuatro cositas que llevábamos, como la ropa o la comida. Otros, siendo yo uno de ellos, pusimos cuatro varas en forma de arco sobre la carrocería del carro.

Pues bien, esta noche tan tenebrosa y tan horrible la pasamos dentro del carro, mis siete hijos, mi mujer y mi padre anciano, todos colocados dentro del carro y bajo las mantas que los cubrían. Mi hijo mayor y yo pasamos toda la noche bajo un paraguas y, de vez en cuando, nos acercábamos un poco al fuego, tarea difícil por la cantidad de gente que había a su alrededor. Esta noche tan horrible y tan tenebrosa jamás la podré olvidar en el mundo. Serían las ocho cuando principió a llover y no paró en toda la noche, hasta las cinco de la mañana cuando empezaron las primeras luces del día.

Este buen padre y buen hijo es el que suscribe estas cuartillas. Un compatriota español que se encuentra en estado de nerviosismo, en esta noche tan horrible y borrascosa, por encontrarse en esta situación con sus siete hijos, su esposa y mujer y su anciano padre. Tenía el corazón que le lloraba gotas de sangre y se le desgarraban las entrañas por la noche tan tenebrosa en que tenía metida a su familia. Pues bien, cuando vino el día cogí un hacha y me fui al monte para hacer un buen fuego, porque mi padre se quedó helado, con la sangre paralizada a causa de la avanzada edad y por la noche tan horrible y tremenda que había pasado, con el viento tan frío y violento que golpeaba sobre nuestros cuerpos indefensos a pesar de los toldos que pusimos sobre los carros. Fue tan grande el temporal de agua que cayó esa noche que parecía que nos habíamos

adentrado en medio de un lago. Tuve que frotar a mi padre por todo el cuerpo y con todas mis fuerzas para hacerle circular la sangre que tenía paralizada. Conforme iba viniendo el día iban despejando las nubes y aclarándose el cielo, el sol iba calentando con sus rayos los cuerpos fríos de la pasada noche. Se presentó pues un magnífico día resplandeciente y claro.

Permanecimos allí casi todo el día 29. Después del mediodía, cuando ya habíamos comido, preparamos los carros para ver si podíamos pasar la frontera, pues se rumoreaba de boca en boca que ya se podía hacer. Así lo hicimos y partimos pero, al llegar a La Junquera, los guardias de asalto nos dijeron que teníamos que volver atrás. Dimos la vuelta y volvimos por detrás de La Junquera y salimos precisamente a la carretera que se dirige a Francia. Pero en ese momento estaba la carretera abarrotada de camiones, carros de asalto, tanques y una numerosa fuerza militar, lo cual nos impedía el paso, y tuvimos que desenganchar las caballerías de los carros y cargar a lomo de los caballos lo más preciso: mantas, ropa y la poca comida que nos quedaba, es decir, aquello indispensable. Allí quedaba todo tirado por tierra. Con los caballos cargados salimos a campo abierto para encontrar un camino diferente a la carretera y evitar la vigilancia de los guardias de asalto y del cuerpo de carabineros, que eran los que estaban llamados a prohibir el paso a la población civil.

Salimos campo a través y lo primero que tuvimos que atravesar fue un regato que tenía por una parte y por otra un terraplén que tendría dos metros de altura, cortado por el que las caballerías no podían bajar al agua para poder pasar, pues había que cruzar por un tablón de unos 50 centímetros de ancho que era solamente para las personas. Por ese tipo de pasarela tuvimos la suerte de pasar y salir ilesos. Luego continuamos por la parte opuesta del regato, por toda la ribera hasta que encontramos un sitio adecuado para volver a pasar a la parte donde anteriormente estábamos, pero a una distancia de

al menos dos kilómetros más arriba del pueblo de La Junquera, para poder salir y no ser vistos por los guardias de asalto y carabineros.

Pues bien, pasamos a la otra parte del regato y encontramos un buen lugar donde ni los guardias ni los carabineros nos veían y el lecho del río permitía pasar los caballos, aunque con el agua hasta la barriga. Esto lo hice yo el primero, pasar el regato metiéndome yo antes que el caballo, con un palo en la mano para ver si estaba muy hondo, llegándome el agua cerca de la ingle. Hecha esta operación, vuelvo atrás, cojo el caballo por las riendas, con el mayor de mis hijos siempre a mi lado acompañándome. Así pasamos a esta parte para poder ir donde habíamos quedado de acuerdo con el resto de mi familia, que esperaba que nosotros llegáramos.

Yo hice todo esto porque un poco más río abajo un compatriota español intentó cruzar el regato, en un lugar donde la corriente del agua era más fuerte, con un borrico cargado de comida, de ropa e incluso de gallinas. El agua se lo llevó torrente abajo con todas las pertenencias. Todo ante las personas que lo observaban y asistían al espectáculo, sin hacer nada para ayudarlo. Dos jóvenes solteros, que no tenían familia, hubieran podido echarse al agua para salvarlo, pero en ese momento y en esa tragedia, como aquel que dice: "cada cual sálvese como pueda". ¡Horrible tragedia allá por donde íbamos los refugiados españoles!

Por fin pasamos a esta parte de acá, como he dicho más atrás, y como yo fui el primero en hacer esta operación y pasar al lado opuesto, y había salido bien mi intento, todo el mundo se arrojó detrás de mí y pasaron sin ninguna dificultad. La mayoría no se dieron cuenta de la mala suerte que tuvo el pobre hombre que se echó al agua sin reflexionar en aquello que le podía pasar.

Para continuar nuestra marcha teníamos que cruzar una pendiente bastante pronunciada. Tuvimos que hacer varias excavaciones, unos

con las manos y otros con piedras como si fueron picos y palas, pues teníamos que subir los caballos, algunos de los cuales cayeron de culo y, rodando, perdieron toda la carga. Pues bien, continuamos nuestro camino campo a través, trepando por montañas, atravesando cerros, praderas y malezas, hasta que llegamos a un sitio determinado donde nos esperaban las familias. Llegamos a un cortijo, a unos cuatro o cinco kilómetros de La Junquera. Ya no quedaba prácticamente nada de sol. Nos quedamos para comer un poco, puesto que el cortijo estaba deshabitado, porque los propietarios habían abandonado todo a causa de la guerra, como a todos nos pasó en esta tragedia, pues por donde quiera que fuéramos lo dejábamos todo.

Pues bien, allí dormimos esa noche. Al día siguiente vienen los guardias de asalto y nos vuelven a hacer ir al pueblo, esto era ya el 30 de enero. Allí permanecimos todo el día, inquietos y malhumorados, puesto que los militares no nos dejaban salir. Tuvimos que hacer noche dentro del pueblo, en una casa donde nos dieron alojamiento sus dueños. Llegó el 31 de enero y salimos a una explanada que había casi a la salida del pueblo. Enseguida hicimos un fuego para hacer un poco de café con leche para desayunar. Serían aproximadamente las ocho de la mañana. Un poco más tarde empezamos a preparar la comida del medio día. Mi mujer hizo arroz con leche, pues aquí se distribuyó leche para los más pequeños y como yo tenía siete hijos nos correspondía una buena cantidad, por eso mi mujer la preparaba con arroz.

La separación

Pues se dio el caso de que yo estaba tomando un poco de arroz cuando llegaron los guardias de asalto y me dicen que me vaya hacia la salida del pueblo en dirección a Figueras. Yo continué comiéndome el arroz, pero volvieron otra vez, fusiles en mano y nos recogieron a todos los hombres sin decirnos donde íbamos. Como yo le dije

que esperara un momento que terminara de comerme aquel poco de arroz con leche, me contestó con una frase muy bruscamente, diciéndome que si me lo repetía por tercera vez me lo diría con un tiro en la cabeza y me tumbaría en tierra. En fin, tuve que obedecer las órdenes de quienes mandaban y separarme de mi familia. Y así hicieron con todos los hombres que encontraron. En total formamos una expedición de 450 o 500 hombres y nos condujeron directamente a un pueblo por el cual ya habíamos pasado cuando fuimos para La Junquera. El pueblo era Figueras y estaba a unos veinte kilómetros de allí. No comimos nada en todo el día.

Cuando llegamos a Figueras nos metieron en un edificio que había sido un cine y nos tiramos por el suelo, porque estaba desalojado de butacas. Estaríamos como una hora cuando uno de los militares, que era capitán, ordenó que saliéramos y nos llevaron a otro edificio que había sido un convento. Todo esto sin haber comido ni de día ni por la noche, retorcidos como alimañas. Cuando llevábamos unas dos horas aquí, todos echados por tierra cansados por la dureza del camino, cubiertos bajo el cuerpo por media manta y por encima con la otra media, llegó una orden del mando militar que decía que todos los mayores de cuarenta años podían retirarse. Casualmente me comprendía a mi esa edad y a varios compañeros de infortunio.

Pedimos algo para comer y nos dijeron que fuéramos a intendencia militar, la cual tenía el nombre de Krim. Salimos quince o veinte hombres del mismo grupo de edad sin saber dónde teníamos que ir a parar, pues no conocíamos el pueblo. A fuerza de preguntar por aquí y por allá nos fueron dirigiendo y, por fin, pudimos encontrar la intendencia militar, aunque todo esto no fue para nosotros una buena situación. En toda esta tragedia, serían las dos o las tres de la mañana, todavía no habíamos comido absolutamente nada. Pedimos algo para comer y el jefe de cocina nos contestó que teníamos que esperar nuestro turno. Para terminar más pronto, eran las siete de la mañana y todavía no había llegado nuestro turno.

Tomamos la decisión de irnos y el comandante que había de jefe de puesto nos facilitó a cada uno un salvoconducto, para poder transitar sin correr el peligro de ser detenidos por otros militares. A todo esto, ya era el uno de febrero.

Salimos a la calle y, a poco que habíamos andado, nos encontramos a otros españoles que nos preguntaron donde íbamos. Les contamos el caso que nos había pasado, nos dijeron "venid con nosotros que os vamos a llevar donde os den de comer". Efectivamente, fuimos con ellos y nos llevaron a un comedor montado expresamente a tal finalidad, para aquellos que íbamos desamparados y que no teníamos donde comer. Este comedor había sido montado por el comité catalán de refugiados. Así que comimos un poco, cosa que hicimos con avidez puesto que, después de un día y de una noche sin echar nada al estómago, lo cogimos con buen apetito, lo cual nos sirvió de gran provecho.

Una vez que hubimos terminado de comer, los que nos habíamos dejado a nuestras familias en La Junquera, acordamos irnos en busca de ellas y así lo hicimos. Inmediatamente nos pusimos en marcha carretera adelante, a todo cuanto podíamos andar. Esto ocurría el día 1 de febrero, como he dicho más arriba, del 1939. Pues emprendimos a toda marcha, como he dicho, serían las dos de la tarde cuando íbamos por la mitad del camino. Ya iba siendo noche cuando nos encontramos una casa que estaba junto a la carretera, y había también muchos camiones y mucha gente civil, incluso grupos de soldados. Nos arrimamos al sitio en cuestión y nos dieron un poco de comida y alguna caja de leche. Las abrimos y la añadimos a una cazuela de agua hirviendo que teníamos y nos lo bebimos todo. Después entramos en los camiones y pasamos la noche, para reservarnos del hielo que caía con fuerza, hasta que fue otro día.

Cuando ya fue de día encendieron un fuego los que estaban encargados de aquello, puesto que por la noche era peligroso

encender fuego por la aviación franquista. Entonces empezamos a preparar la comida y una vez hecha comenzamos a repartirla, y cuando terminamos de comer emprendimos otra vez el camino para ir en busca de nuestras familias. Llegamos a La Junquera sobre las cinco de la tarde del día dos y tuve la suerte de reencontrarme con mi padre, que no puedo decir la alegría tan grande que sentí al encontrarlo. Mi padre tenía pensado montar a un camión para pasar la frontera. Le pregunté por mi mujer y mis hijos. Me contestó que habían pasado la frontera el día anterior, el uno de febrero.

Yo monté al camión para irme en su compañía, pero se me acercó quién era el delegado del convoy y me dijo que bajara, puesto que cuando llegara a la frontera me harían volver atrás. Mi padre, al ver que me habían hecho bajar del convoy me dijo: "Antonio, yo me voy a quedar aquí contigo y estaremos los dos juntos". Yo, con el mejor fin, le dije: "No padre, ya que está usted subido al camión se va usted a ver si puede encontrar a Carmen y a los niños y se reúne con ellos, así también dejará de pasar frío". Mi padre hizo tal y como le dije, después nos besamos y nos despedimos con la certeza de que nos reencontraríamos al entrar en Francia, pero fue todo lo contrario. Desde ese memorable día dos de febrero ya nunca más he visto a mi anciano padre.

Voy a continuar escribiendo estas líneas desde el día que me separé de mi padre y de mi mujer e hijos hasta el día que me reuní con mi familia.

Entrada a Francia

Más adelante volveré a hablar de mi anciano padre. Como he dicho antes, llegué a La Junquera el día dos de febrero en compañía de otros dos compañeros de infortunio. Nos quedamos debajo de un cubierto con el suelo de cemento, que no tenía puerta y en el que habían estado, de haber habido, cochinos. Dentro, tendimos la

manta en el suelo y la maleta la pusimos de cabecera, echándonos la mitad de la manta encima y la otra por debajo. Así pasamos toda la noche, más tiempo despiertos que durmiendo, por lo duro que estaba el suelo y el frío que entraba por la puerta. Llegó el día tres. Desayunamos lo poco que teníamos en nuestros paquetes y nos dispusimos a ir al pueblo para ver qué se decían entre unos y otros para estar un poco informados. Nos reencontramos con algunos paisanos, entre los cuales había unos de Aragón con quienes había coincidido en otros lugares.

Nos comentaron que a la salida del pueblo estaban repartiendo comida. Efectivamente, nos dirigimos hacia el sitio señalado y estaban dando bacalao, azúcar y pan. Así pasamos el día, dando vueltas de un lado al otro hasta que llegó la noche, en que nos cobijamos debajo de aquel techo. Aunque el suelo estaba duro era mejor pasarlo allí que no al aire libre. Pasamos la noche, a pesar de los dolores y quejidos por el malestar de nuestros cuerpos, hasta el día siguiente. En nuestro ánimo había una inquietud y un presentimiento desorbitado de que no nos dejarían pasar la frontera y presentimos que seríamos cogidos por las fuerzas militares de Franco.

El gobierno francés no quería abrir las fronteras. Nos quedamos allí hasta el seis de febrero, pasando las duras, frías y dolorosas noches que nos tocó sufrir a todos. El pueblo estaba lleno a reventar de soldados y de civiles, pues la noche del cinco el ejército se replegaba lentamente y las casas abandonadas estaban ocupadas. Los dos compañeros y yo ocupamos una casa que estaba vacía y encontramos dos camas con dos colchones y dos almohadas, donde nos acostamos y nos tapamos con nuestras mantas. Yo estaba tan fatigado por no haber dormido en varias noches que, solo al dejarme caer, cogí el sueño. Mis compañeros de cama, mayores que yo, permanecían despiertos para estar atentos por aquello que pudiera pasar, como así ocurrió.

Serían las doce o la una de la madrugada cuando sentimos que nos llamaban otros compañeros que estaban en otra habitación, cuya ventana daba a la carretera, y gritaban: ¡compañeros, compañeras, huyamos antes de que nos atrapen los fascistas! Al escuchar esas palabras por parte de nuestros compañeros, me levanté de un salto, sin ningún tipo de pereza. Nos asomamos a los balcones y sentimos el ruido de los camiones, los carros de asalto, las pisadas de la caballería. Era el ejército republicano que venía ya en retirada. Inmediatamente nos tiramos a la calle, cogimos carretera adelante y a la salida del pueblo encontramos un almacén que habían usado para el suministro de intendencia militar, y que había sido saqueado por las fuerzas militares, que iban de paso hacia la frontera, y por el pueblo civil. Total, continuamos por la carretera hacia la frontera y, cuando ya estábamos que faltaba un kilómetro aproximadamente, nos paramos un momento para preparar cualquier cosa para comer.

Ya iba siendo de día y todavía continuábamos allí. Hacia las diez de la mañana preparamos café con leche, pues mis compañeros y yo habíamos conseguido unos cuántos botes de leche condensada, porque nos habíamos provisto un poco de suministro en La Junquera con lo que allí repartían, y desayunamos bastante bien.

Al fin, llegaron las diez de la mañana y quitaron las cadenas que atravesaban la carretera de una parte a la otra, cadenas enganchadas a dos postes de hierro a cada lado de la carretera. Inmediatamente, enseguida comenzamos a desfilar. Primeramente, los militares y las brigadas internacionales, después íbamos pasando todos los que no éramos militares, o sea, la población civil. Tanto unos como otros dejamos todo el material de guerra que llevábamos: pistolas, fusiles, ametralladoras. Lo dejábamos todo junto a la carretera, donde estaba la guardia francesa, en una caseta situada a la parte derecha conforme se entraba a territorio francés.

Nos internamos en tierras francesas y ya nos quitamos un gran peso de encima de nuestros cuerpos por salir del peligro de la fuerza franquista. Un profundo dolor invadió nuestro corazón al tener que abandonar nuestra tierra natal, nuestra querida patria a causa de unos malvados y traidores consumados, como lo eran Franco y sus secuaces, que entregaron España a los militares de Mussolini, a la aviación de Hitler y a la legión del Marruecos español.

Pero al mismo tiempo, aunque nos habíamos quedado tranquilos y a salvo, íbamos mirando de reojo y con recelo el panorama que se nos iba presentando desde el momento en que pisamos tierras francesas. Conforme entramos en territorio francés, caminando carretera adelante, íbamos encontrando de distancia en distancia, a menos de un kilómetro aproximadamente, una pareja de gendarmes. Nosotros desconocíamos ese cuerpo de las fuerzas armadas francesas. Además, también había soldados franceses a caballo que recorrían la carretera con el fin de conducirnos y prevenirnos de que no saliéramos ni a un lado ni al otro de la carretera.

*Serían sobre las dos de la tarde cuando llegamos a una explanada donde había muchos olivos. Allí, al lado de la carretera, había una casa. Allí nos pararon los gendarmes y nos apartaron de la carretera en medio de aquellos olivos. Cuando est*ábam*os descansando en el sitio mencionado nos mandaron a formar, como si hubiéramos sido militares, para salir otra vez a la carretera y conforme íbamos desfilando nos iban dando un pan para cada dos personas.*

Otra vez emprendimos el viaje sin saber dónde teníamos que llegar, esto nos causaba mucha impresión, y siempre custodiados por soldados y gendarmes. Así fuimos todo el día y toda la noche hasta que, de vez en cuando, nos salíamos de la carretera para descansar un poco del cansancio de una marcha tan larga y para hacer un poco de fuego y comer. En ese preciso momento siempre se acercaba algún

soldado a caballo y se nos echaba encima, intentado pisarnos con los caballos, obligándonos a continuar. Esta manera de proceder nos decepcionó completamente.

Llegada a Argelès-sur-Mer

Pues así fuimos de esa manera hasta las tres de la madrugada del día siete de febrero de 1939 en que llegamos al campo de Argelès-sur-Mer. Así fuimos conducidos por los gendarmes y los soldados franceses desde las diez de la mañana del día seis hasta las tres de la mañana del día siete, prácticamente sin descansar, con solo una hora para comer un bocadillo en medio de aquellos olivos, como he dicho más atrás. Allí fue donde, desde el transcurso de los días, meses y años de la caída de Málaga y la retirada de Cataluña, no había visto yo un desbarajuste, una contienda o una catástrofe tan repugnante como esta, no sólo por el bullicio de tanta persona allí reunida, sino también por la increíble injusticia y la intransigencia que incluso reinaba entre los propios españoles.

Debido al estado de nerviosismo que reinaba entre nosotros mismos, por razón de haber sufrido tal desengaño, estábamos decepcionados. Creíamos que Francia sería un albacea para nosotros cuando entráramos en ella, pero fue todo lo contrario.

Llegamos el día siete de febrero, como he dicho más atrás, al campo de Argelès-Sur-Mer y, con el estado de inquietud que había entre nosotros mismos, nos metieron en la misma playa, junto al mar, por orden de las autoridades francesas. Pusieron una alambrada por todo alrededor, siendo vigilados por los militares franceses, o mejor dicho, por los soldados senegaleses y marroquíes traídos de las colonias francesas que, con fusiles en mano y con la bayoneta calada, nos vigilaban como fieras y alimañas en el desierto. Esto fue lo que más nos decepcionó y contrarió, claro que desconocíamos todas las consecuencias que nos pudieran llegar. Pero antes de todo

esto quiero comentar en estas líneas los hechos que ocurrieron entre algunos senegaleses y algunos compatriotas míos.

El caso es que cuando entramos al campo de Argelès, como todo aquello no estaba ni organizado ni controlado, se encontraba en un estado de anormalidad y nosotros, en principio, no vimos la necesidad de cubrir nuestro cuerpo ni de guarecernos del hielo que caía por la noche. Cuando teníamos que salir, a unos prados que había junto al río, para cortar cañas con las que hacer unas chabolas para poder dormir por la noche, se dio el caso paradójico de que los marroquíes que montaban a caballo salían al encuentro de estos compatriotas españoles, les tiraban los caballos encima y les pegaban golpes a todos aquellos que estaban a su alcance con el sable, haciéndoles caer en tierra.

Pero lo más trágico era que, algunas noches, ya a altas horas de la misma, se sentían lamentos angustiosos pidiendo auxilio. Al otro día, por la mañana, se decía que los senegaleses habían matado a un compatriota español. Esto nos llegaba a menudo, prácticamente todas las noches. Las autoridades francesas nos consideraban, a nosotros, republicanos españoles, como si fuéramos unos criminales, unos herejes o unos locos. La manera en que los franceses nos trataban fue terrible y verdaderamente incomprensible.

Pero todavía pasaron más cosas entre nosotros mismos. Como aquello era un desorden y como no había control ninguno para organizar y llevar la dirección, se daba el caso que entraban camiones cargados de pan para repartir entre todos y, una vez entraba el camión en el campo, se subían todos arriba y lo asaltaban. Así es que unos comían y otros nos quedábamos sin nada. De ahí salían las disputas y discusiones, hasta llegar a darse el caso de que agarraban palos, ramas de leña o ramas de árbol, lo que fuera, para golpearse los unos a los otros. Esa manera de comportarnos entre nosotros me repugnaba, puesto que dábamos un espectáculo

lamentable ante los guardias franceses, los soldados y los gendarmes. Estos que se quedaban sin pan, estos que se quedaban sin comer, estos que se quedaban sin nada, eran aquellos que, como yo y otros igual que yo, queríamos el orden, la igualdad y la fraternidad, y conducirse correctamente bien. Desgraciadamente éramos los que más sufríamos las consecuencias.

Una vez que transcurrieron varios días esto fue controlado un poco por las fuerzas militares españolas, que estaban también y nos formaron en grupos de cinco personas, y nos daban el pan para los cinco. Como cada uno de nosotros todavía llevábamos un poco de la comida que nos dieron en La Junquera, como arroz o azúcar, y algunos de mi grupo también tenían café, pudimos tomar algo caliente. Hay que decir también que nosotros no teníamos la carne de los caballos con los que entramos en Francia. Había muchos que los traían y el que andaba más diestro era el que comía carne.

Por otra parte, como quiera que no podíamos salir de las alambradas, estábamos en un estado de insalubridad, antihigiénico. No había lugar donde pusiéramos los pies en que no hubiera excrementos de cuantas personas estábamos allí reconcentradas. Por otra parte, como he dicho antes, algunos salían a los prados que había a la orilla del río a cortar cañas, varas y otras clases de malezas que estaban en la orilla del mismo río para hacer chabolas. Se juntaban tres o cuatro y allá que iban a por ellas para resguardarse del frío y el hielo que caía.

Por otro lado, los militares habían entrado algunos camiones y, con las lonas que tenían para cubrirlos, se hacían buenas tiendas de campaña. Yo no tenía donde pasar la noche para resguardarme de los rigores del frío. No tenía a ningún compañero de los que venían conmigo porque los había perdido desde que habíamos llegado al campo. Debido a la locura y confusión tan grande que había por el gentío que estábamos, me fue imposible encontrarlos y me quedé

el yamado adis tribuirla paja y qual
vara el Rancho que tanbien hera bien
poco y malo el pan. 250 gramos por
persona enfin estábamos en un estado de
Anormalidad y de imquietud que acada is
tante surgian dis cusiones y dis putas en-
tre nosotros mismos por el estado de nervio
sismo en que estabamos sumergidos.

Pero aun todavia hay
nas, Cuando teniamos queir halavar
uestra Ropa que nostocaba cada quinse
ias teniamos que andar cuatro osinco
kilómetros que el Canal estaba distanciado,
haciendo la misma operacion nos forma-
ban de acuatro enfondo cada uno consu
nacuito para llevar la Ropa.
tiendo en la Cabesa hosea en Van-
guardia sinco oseis Gendarmes a
Cavallo, y detras omejor dicho en
Retaguardia otros seis tanbien a
Cavallo. Despues por banda y banda

Nº 000084

Cuando ya llegabamos al Canal se formaban en diferentes puntos hacia lo largo del canal en forma de angulo que dando todos Reconsentrados entre el canal hila fuersa Armada que dando todos Vigilados por si alguno tratava de fugarse Cerrado. Asin teniamos dos horas para lavar la Ropa.

Tras cursidas estas dos Horas tocaban un pito y avia que formar inmediata mente, estubiera la Ropa lavada hono estubiera, en prendiendo otrabes la marcha para el Campo. Donde no esperaba una buena comida, Lentejas con muchas chinas y cocos, garvanzos mas duros quel yerro o Arrós que ni los cochinos los comian. Hasin estubimos ocho meses comsicutivos en hese estado de nerviosismo y anormalidad asta el dia 18 de Septiembre del 1939.

solo. Tenía que quedarme sin más abrigo que el cielo, con media manta por debajo y la otra media por encima. Así estuve, en este estado de anormalidad desde el siete de febrero hasta el diecisiete del mismo mes.

El día diecisiete de febrero del 1939, por orden del gobierno francés, se empezó a hacer expediciones con aquellos hombres más avanzados de edad, para quitarnos del mal estado en que estábamos. Creímos que al salir de allí íbamos a entrar en otro sitio mejor. Íbamos todos con esa ilusión y esperanza, pero estas ilusiones se truncaron en penalidades, sufrimientos y maltratos.

Salimos del campo de Argelès-sur-Mer el 17 de febrero de 1939 a las seis o las siete de la tarde, sin saber dónde íbamos a ir y con destino desconocido, pues nadie sabía nada. Nos quedamos toda la noche dentro del tren en marcha hasta llegar a un pueblo que ellos denominaron Carcassonne, en el departamento de Aude, cuando el sol iba dando los primeros resplandores sobre la tierra. En este pueblo el tren estuvo parado sobre dos horas. Nosotros ignorábamos porqué sería esta parada y al cabo de este tiempo de dos horas otra vez se puso en marcha, hasta las once o doce de la mañana, en que llegamos a las proximidades de otro pueblo, donde vimos muchas barracas hechas de madera y otras que estaban haciendo. Después nos enteramos que el pueblo se llamaba Bram.

Campo de concentración de Bram

En dicho pueblo bajamos del tren por mandato de los gendarmes, que iban conduciéndonos para entrar en aquellas barracas. Nos encontramos que aquello era un campo de concentración. Íbamos para expiar nuestras faltas, o pecados, o como se quiera.

Los gendarmes que nos atendieron y quienes nos habían conducido, desde que la puerta del campo se cerró, nos hicieron echar las

mantas a tierra y estirarlas todo cuanto daban. Después nos hicieron abrir las maletas y el macuto, sacar todo lo que había y con furia lo tiraron por encima de *las mantas. Después nos registraron completamente y nos quitaron todo aquello que llevábamos como: relojes, mecheros, navajas que usábamos para cortar comida, petacas y todo cuanto a ellos se les antojaba.*

Llegamos a Bram a las once o doce del día 18 de febrero y nos metieron a unos cien hombres en cada barraca. La barraca tenía veinticinco metros de largo por seis de ancho. Cada dos hombres teníamos un espacio de dos metros de largo por uno de ancho para dormir. Entre banda y banda de la barraca dejaban un pasillo de dos metros para pasar de una parte a la otra. La tierra estaba mojada y teníamos que dormir un poco encima de *la paja y otro poco sobre el suelo.*

Cada 15 o 20 días nos hacían cambiar la paja de la manera siguiente: el campo estaba dividido en 9 zonas, digamos en 9 departamentos, separados por muros de alambrada. Cada departamento tenía una letra, empezando por la letra A y, por orden alfabético, hasta la letra J. Cada departamento estaba compuesto por 16 barracas con 100 hombres cada barraca. Cuando los gendarmes mandaban cambiar la paja, iba por letras, empezando por la A hasta acabar por la J. Cada barraca salía cuando le tocaba el turno. Por lo tanto, cuando tocaba, de cada departamento salíamos 1.600 hombres, metiendo la paja en nuestras mantas, cada uno en la suya. Después, formados como si fuéramos militares, nos hacían caminar un kilómetro o algo más hasta donde estaba la esterquera, vaciábamos las mantas y hecha esta operación volvíamos otra vez al campo, conducidos por los gendarmes mismos, que nos contaban antes de salir y otra vez antes de entrar.

Después esperábamos a que nos dieran la nueva paja, de lo cual salían algunas disputas y discusiones entre nosotros, porque a cada

uno le parecía que la paja que le había tocado era insuficiente. La distribución se hacía de la manera siguiente: los 100 hombres estaban divididos en cuatro grupos de 20 o 25. Cada grupo tenía un jefe, que estaba designado para distribuir la paja e igual para el rancho, que también era bien poco y malo; el pan, 250 gramos por persona. En fin, estábamos en un estado de anormalidad y de inquietud que, a cada instante, surgían discusiones y disputas entre nosotros mismos por el estado de nerviosismo en que estábamos sumergidos.

Pero aún hay más. Cuando teníamos que ir a lavar nuestra ropa, que nos tocaba cada quince días, teníamos que andar cuatro o cinco kilómetros porque el canal estaba distanciado. Haciendo la misma operación, nos formaban en grupos de cuatro, cada uno con su macuto para llevar su ropa.

Iban en cabeza, o sea en vanguardia, cinco o seis gendarmes a caballo, y detrás, o mejor dicho, en retaguardia, otros seis también a caballo. Después, entre banda y banda iban otros diez o doce gendarmes a pie. Nos conducían como si fuéramos criminales. Cuando llegábamos al canal, los gendarmes se ponían en diferentes puntos hacia lo largo del mismo, en forma de ángulos, quedando todos concentrados entre el canal y las fuerzas armadas y quedando todos vigilados, por si alguno trataba de fugarse sin ser visto. Así, teníamos dos horas para lavar la ropa.

Transcurridas estas dos horas, tocaban un pito y había que formar inmediatamente, estuviera la ropa lavada o no estuviera, emprendiendo otra vez la marcha para el campo, donde no esperaba una buena comida: lentejas llenas de chinas y cocos, garbanzos más duros que el hierro o arroz que ni los cochinos lo comerían. Así estuvimos ocho meses consecutivos, en ese estado de nerviosismo y anormalidad hasta el 18 de septiembre de 1939, día en que partimos hacia el departamento de Calvados para trabajar en la remolacha.

En dirección a Calvados

Así pues, salimos en dirección a Calvados el 18 a las cinco de la mañana. Nos dieron una ración para el viaje. Nos metieron en un tren de mercancías como si fuéramos bestias, con los vagones cerrados; unos iban sentados en banquetas y otros en el suelo por falta de banquetas. En consecuencia, echamos tres días y dos noches, llegando a Caen el día 20 a las cuatro de la tarde. En la estación estaban los patrones agricultores, esperando nuestra llegada para llevarse cada uno a los que les hicieran falta para sacar la remolacha.

Allí, en la estación, había un intérprete español que llevaron los patrones para poder entendernos. Nos leyeron unas cuartillas en las que decían las condiciones que tendríamos para trabajar. Ganaríamos diez francos, la comida y dormir en la paja sobre el suelo, en los barracones que nos habían preparado.

A la casa del patrón que me tocó fuimos diez trabajadores: ocho aragoneses, uno de Castilla y yo, hijo de Andalucía. Pues llegamos a casa del patrón, serían las siete de la tarde, nos dieron la paja y nos indicaron la habitación donde teníamos que dormir. Nos preparamos cada uno nuestra cama y enseguida nos llevaron a comer a otra casa que distaba unos tres kilómetros. Cuando llegamos a dicha casa lo primero que vimos era donde nos habían puesto el comedor. Ni que decir tiene que éramos extranjeros y nos miraban de reojo, como si lleváramos cuernos y rabo como un toro de Miura.

Pues bien, el comedor que nos destinó aquel patrón, hijo de su buena madre, era la cuadra de los caballos. Nos dio el tratamiento de bestias, en esa categoría nos calificó. Además, tampoco había puerta para cerrar esa habitación, quedándose abierta. Cuando terminábamos de comer nos íbamos al trabajo y cuando volvíamos por la noche nos encontrábamos toda la mesa llena de gallinazas, de

una punta a la otra. Esto era repugnante, esto era contraproducente y arbitrario, proceder así con un puñado de hombres honrados, de esa forma. Teníamos que coger un puñado de paja y quitar la porquería de las gallinas si queríamos poner el pan sobre la mesa.

Después teníamos que ir nosotros a la cocina a traernos la comida porque las criadas tenían miedo de nosotros. Después de terminar la comida, teníamos que fregar los platos y las cucharas y, finalmente, teníamos que andar tres kilómetros para ir a dormir.

Teníamos que ir a desayunar a las seis de la mañana. Todo esto durante los meses de septiembre y octubre fue soportable, pero cuando ya se iba aproximando el invierno aquello era imposible de soportar, el poder resistir esas crueldades tan criminales. Tener que levantarse a las cinco de la mañana para desayunar a las seis, para a las siete estar en el tajo, cuando en invierno todavía era de noche.

Como ya he dicho antes que la habitación de comer era una cuadra y que no tenía puerta, era imposible poder continuar allí por el frío que hacía durante la comida. También pusieron tres o cuatro carros llenos de paja para echarla a las patas de los caballos así que, además de que era una cuadra, nos pusieron tan estrechos que no podíamos estar ni de pie para poder comer, y ese era el único momento de reposo que teníamos. Pues bien, la cosa llegó a tal extremo que decidimos internarnos en la cocina para poder comer como las personas y estar sentados para descansar un poco. Como he dicho, agarramos la mesa entre dos y la entramos dentro de la cocina sin decir una palabra a nadie, porque estábamos llenos de ira y de cólera al ver lo que estaban haciendo con nosotros. Cuando la cocinera vio esto, empezó a gritar y enseguida vino el patrón.

Entre los diez compañeros que estábamos, había uno que sabía hablar un poco el francés y le expuso el caso al patrón diciéndole que nosotros, los españoles, no éramos bestias y que éramos tan

honrados como los franceses y que nos tratara como personas, que lo que hacía no era digno de hacerlo con los hombres.

El patrón comprendió que teníamos razón y accedió a nuestro propósito. Después, tenía un jefe encargado de nosotros para el trabajo que era un bandido y un canalla, mucho más que el patrón. Estábamos trabajando desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, a todo cuanto uno podía, y si alguien se quedaba atrasado ya estaba diciendo: ¡ale, ale, más rápido!

Así estuvimos tres meses, desde el 21 de septiembre hasta el 20 de diciembre de 1939, toda la semana trabajando como negros, lloviera o nevara. El domingo, que era para descansar, lo teníamos que invertir en lavar la ropa, coser y escribir algunas cartas para nuestras familias. No teníamos libertad para ir a ningún pueblo, pues el tío era el alcalde y no nos dejaba salir a ningún lado. Decía que si salíamos daría cuenta a los gendarmes. En definitiva, era una vida desgarrada y pésima. Los 10 francos que ganábamos, nos daba 10 francos todas las semanas, nos llegaban para comprar el tabaco que nos traía la criada.

Así estuvimos tres meses, hasta terminar la remolacha, y nos hizo la cuenta. Después nos llevaron a una fábrica azucarera, donde todos los patrones eran accionistas de la misma, en un pueblo llamado Courseulles-sur-Mer. Allí estuvimos trabajando, en la fábrica, durante dos meses, hasta acabar la temporada. En este pueblo teníamos más libertad, podía uno ir los domingos de paseo un rato, también ir al café donde tenía uno a bien de ir. La comida era bastante buena, tanto en la fábrica como en el campo, pero también teníamos que trabajar demasiado para ganar 10 francos.

Después, cuando terminamos el trabajo en la fábrica, fuimos contratados para seis meses por patrones agricultores. A mí tocó ir con uno que, si malo había sido el primero, el segundo fue mucho

peor y también era el alcalde del pueblo, que se llamaba Villons-les-Buissons, a seis kilómetros de Caen.

Yo estaba ya en relación con mi familia, que se encontraba en el departamento de Lozère, en un pueblo que se llamaba Langogne, en un campo de concentración. Mi familia había conocido y tenían amistad con el patrón del pueblo, con el cual solían ir a trabajar de vez en cuando. Así que le hablaron respecto a mí y si me podía dar trabajo, y el hombre dijo que sí porque era un buen hombre, igual que su mujer. De las pocas buenas familias que encontramos en Francia, pues hicieron la demanda para que yo pudiera ir donde estaba mi familia, pero como yo estaba en otro departamento la prefectura del mismo no me dejó ir. A pesar de que este hombre hizo todo lo posible porque me reuniera con mi familia, no lo consiguió.

Pero pasó lo siguiente. Cuando terminamos en la fábrica vinieron otros patrones a hacernos un contrato de trabajo por seis meses. Yo le dije que si, cuando recibiera la demanda para irme con mi familia, me dejaría ir y me contestó que no. Entonces le dije que hiciera él la demanda para que mi familia viniera conmigo y me contestó que tampoco. Entonces le dije que no me iba a trabajar con él y por tanto me quedé allí, en la fábrica.

Dio la casualidad de que unos días que estaba yo enfermo, debido a un accidente de trabajo, me pude quedar en la fábrica unos días más sin trabajar por lo del accidente. Cuando me reincorporé me dijeron si quería ir a trabajar cuatro o cinco días, el tiempo necesario hasta que llegara la demanda del patrón para que viniera mi familia. Yo no tuve inconveniente en aceptar, pero se me engañó miserablemente. El contrato de trabajo que yo había firmado con el patrón, quien no quiso aceptar lo que yo le dije de mi familia, lo habían enviado al sindicato. Después de una semana de trabajo provisional me llegó la demanda de mi familia y me fui inmediatamente al Sindicato de Patrones que estaba en Caen. Este era el que se ocupaba de todo por

mediación de un intérprete español que tenían para resolver todos los asuntos entre españoles.

Les conté el caso, que había recibido la demanda para irme con mi familia y me contestaron que no podía irme porque tenía un contrato firmado por seis meses. Yo le contesté que no había firmado ningún contrato con dicho patrón, que yo había ido provisionalmente a trabajar hasta que me llegara el aviso para marchar con mi familia. Yo insistía en que no. En fin, en resumen, se metió dentro de una habitación y me sacó el contrato que yo había firmado con el otro patrón, con quien no quise irme por no querer traer a mi familia conmigo ni a mi dejarme ir con ellos. Pues se entretuvieron en borrar el nombre de aquel y en poner el nombre de quien me empleó provisionalmente.

Me enfadé mucho con el intérprete, la rabia me invadió y, como comprendió perfectamente aquello que yo le quería decir, me contestó: "si usted quiere podemos hacer por traer a su familia con usted haciendo una demanda". Claro, era esto lo que yo deseaba, reunirme con mi mujer y mis hijos, que hacía catorce meses que estábamos separados, y accedí a quedarme en el departamento de Calvados.

Reencuentro de la familia

Pues bien, a los siete u ocho días llegó mi familia donde yo estaba trabajando, en un pueblo, como he dicho más atrás, que se llamaba Villons-le-Buissons. El patrón se llamaba Paul Marinie, pero si malo era el primero con quién estuve en la remolacha, mucho más malo era este otro.

Pues, como he dicho más atrás, yo me separé de mi familia los últimos días de enero de 1939 en La Junquera y me pude reunir con ellos el 31 de marzo de 1940, a los catorce meses justos. No puede

haber imaginación ni tener ni idea, al llegar mi familia a donde yo estaba, de la impresión y la alegría tan grande que me causó, porque esperaba que me escribieran una carta o me mandaran un telegrama. Lo recibí después de llegar mi familia, una hora más tarde.

Una vez que tuve la familia a mi lado, ya reaccioné un poco, pues en esos catorce meses que estuve retirado de mi mujer y mis hijos nadie más que yo sabe todo lo que sufrí ni las penas que pasé. Durante el período de estos catorce meses no pasó un solo día en que no vertiera lágrimas al ver el estado de incertidumbre en que me encontraba.

Pues bien, una vez que ya estuve al lado de mis hijos y de mi mujer, ya comenzó otra vida distinta, un poco más satisfactoria y más tranquilizadora, pero siempre con un poco de zozobra por la tragedia de la vida de los refugiados españoles en el exilio, que es muy larga de contar.

Ahora que ya estoy con mi familia en Villons-le-Buissons, Calvados, en casa de Paul Marinie, voy a pasar otra vez al campo de concentración de Bram para dar informes de como encontré a mi anciano padre desde el día en que nos habíamos despedido en La Junquera que, como he dicho atrás, fue el 2 de febrero de 1939. Los primeros días, después de tranquilizarnos y reposar un poco, empezamos a buscar, para ir encontrando cada uno a su familia, por medio del periódico.

Primeramente, encontré a mi mujer y mis hijos, y después encontré a mi padre. En una de las cartas que yo mandaba a mi familia les decía la dirección de mi padre y ya nos pusimos en relación gracias a la correspondencia. Mi padre estaba en Pas-de-Calais, mi mujer y mis hijos estaban en Lons-le-Saunier, próximo a la frontera con Suiza, y yo en el campo de concentración de Bram.

Mi mujer y mis hijos fueron al campo de Langogne, donde se quedaron hasta el día en que nos reencontramos, el 31 de marzo de 1940. Yo tuve correspondencia con mi padre hasta la ocupación de los alemanes, en que quedó Francia dividida en dos zonas, la zona libre y la zona ocupada. A mi padre le cogió en la zona libre, a mí en la zona ocupada. Las comunicaciones estaban cortadas completamente. Ya lo tenía todo arreglado para que mi padre viniera con nosotros. Fui a correos a girarle el dinero para el billete del tren y la mujer que estaba en correos me dijo que no podía enviar dinero a la otra zona porque estaba prohibido, así que quedamos incomunicados. Pasaron los meses, algo más de un año, sin que mi padre tuviera noticias mías ni yo de él. Allá por el mes de marzo o abril de 1941 tuve noticias de él por mediación de mi suegro, que estaba en España. Le escribí a mi suegro para que hablara con mi padre y le diera mi dirección. Poco después recibí una carta de mi padre en la cual me facilitaba su dirección. Después de ese día de marzo o abril de 1941, ya no tuve noticias suyas hasta 1950, fecha en que pude arreglar papeles y me lo traje a Francia conmigo, estando en nuestra compañía hasta que la muerte le arrebató la vida a los 91 años. El día 24 de noviembre dejó de vivir siendo conducido a su última morada.

***

Ahora voy a pasar otra vez a la casa de Paul Marinie. Durante mi permanencia en su casa yo estaba trabajando, ganando 10 francos y la comida. Cuando llegó mi familia pusieron a trabajar a mis dos hijos, Antonio y Paco. El mayor ganaba 15 francos y al pequeño, quien tenía trece años, le pagaban 6 francos. Así que ganábamos entre los tres un total de 36 francos para dar de comer a los cinco que se quedaban en casa. Esto era por el año 1940, desde el uno de abril hasta finales de diciembre de este año. La propietaria nos facilitó una casa para vivir que distaba de la suya unos dos kilómetros, en su misma finca. De cama nos dio unos colchones de paja. Las mantas y las sábanas las traía mi mujer del campo de concentración. Las sillas que teníamos eran unos sacos que había en la misma casa llenos de la pulpa de la remolacha, si no, hubiéramos tenido que sentarnos en el suelo igual que dormíamos en el suelo en los colchones de paja, en fin, una vida pésima que más no podía ser.

Por el mes de diciembre, la secretaria del ayuntamiento de aquel pueblo, como el patrón para el que nosotros trabajábamos era el alcalde y al parecer era una buena mujer, habló con él diciéndole que la forma en que estábamos viviendo no era razonable ni justa; entonces el hombre nos trajo unas sillas, una mesa y unas cuantas camas de madera. Se dio el caso, como quiera que ya estábamos cansados del tío tan criminal y tan malo, de que un día le pegó a mi hijo Paco, que estaba transportando estiércol en un carro tirado por un caballo. Mi hijo Antonio y yo estábamos cortando unos árboles cuando se presentó mi hijo Paco llorando. Le preguntamos por qué lloraba y nos contestó que el patrón le había pegado. Inmediatamente dejamos el trabajo y nos fuimos hacia la casa. Nos dirigimos donde estaba el patrón, que estaba debajo de un techado en el corral, arreglando un arado. Le preguntamos por qué había pegado a mi hijo y nos contestó que él no le había pegado. En fin, surgió la disputa y pedimos la cuenta para acabar con el trabajo,

pues ese era el camino más corto, ya que nos faltó coraje para pegarle un puñetazo en la cabeza o jorobarle. Tuvimos a bien irnos de la casa de ese canalla, pues era el camino más corto, porque de lo contrario hubiera sido mi ruina, y por eso tuve que marchar de su casa. Esto pasó en diciembre del 1940. Estuvimos arreglando los pasos para irnos a otro departamento que se llamaba el Orne, a un pueblo llamado Sées, donde había un refugio.

Voy ahora a volver al mes de junio de 1940 cuando los alemanes entraron en Francia y la ocuparon. Yo estaba trabajando en casa de ese señor. Claro que todo el mundo estaba inquieto, por la sencilla razón de que no querían caer en poder de los alemanes, ya que estaban a unos cien kilómetros del departamento de Calvados y todo el pueblo estaba preparado para evacuar. El patrono para quién yo trabajaba también lo tenía todo preparado para salir, al igual que mi familia, porque yo le dije que había venido de España corriendo para no caer en manos de los alemanes y que sería una injusticia que nos dejara allí abandonados. Él lo vio bien y me dijo que cuando él saliera, saldríamos nosotros también. Pero los días pasaban y la evacuación no se producía, y los alemanes cada vez iban aproximándose más, hasta el punto que tuve que decirle que qué pensaba hacer, si estaba decidido a salir o no. Entonces me contestó que como era el alcalde tenía que atender las órdenes de la jerarquía, es decir, de la jefatura.

Aquello que pasara o no pasara no lo sé. Lo cierto es que se firmó el armisticio y que los alemanes llegaron hasta donde nosotros estábamos, es decir ocuparon la mitad de Francia. Yo no he pasado unos días tan amargos como aquellos por el miedo que tenía, al igual que toda mi familia, por la llegada de los alemanes, creyendo que nos cogerían prisioneros y nos devolverían a Franco; pero fue exactamente lo contrario, respetaron a todo el mundo y a los españoles los respetaban todavía más.

Volvemos ahora al refugio de Sées. Salimos de Calvados el siete de febrero de 1941, del pueblo de Villons-le Buissons hacia Sées a las cinco de la mañana. Esos días había caído una nevada, por lo que posiblemente había más de un metro de nieve. Teníamos que ir andando por lo menos tres kilómetros a pie para llegar a la estación ferroviaria, donde teníamos que subir al tren hacia las seis de la mañana. En medio de toda esta nieve, nosotros llevábamos los bultos y paquetes a cuestas por medio de la nieve, a pie. Le pedimos un carro y un caballo al patrón y nos dijo redondamente en la cara que no tenía carro ni caballo que prestarme. Cogimos el tren en un pueblo que le llaman Cambes a las seis de la mañana, hacia Caen, que hay seis kilómetros, para allí coger otro tren que salía a las diez de la mañana, pero resultó que *lo perdimos por no saber el sitio donde había que ponerse. Había que ponerse en otra línea que salía para otro pueblo que se llamaba Mézidon. Preguntamos al jefe de estación y nos dijo que a la una de la tarde salía otro tren en dirección Sées. En fin, esperamos hasta la una de la tarde en que salimos en dirección al refugio, llegando a las cinco de la tarde a la estación de Sées. Preguntamos donde se encontraba el refugio para los españoles, cuando llegaron dos mujeres españolas que habían venido con nosotros en el tren pero en otro vagón y, al oírnos preguntar por el refugio, nos dijeron: venid conmigo, que nosotras sabemos dónde se encuentra, que ya hemos estado allí antes y ahora vamos otra vez.*

Pues cuando llegamos al refugio ya habían cenado, así que comimos *de lo poco que llevábamos nosotros, un bocadillo; si no, nos hubiéramos ido a acostar, a dormir sin cenar. El que hacía de jefe del refugio nos dijo que no podía dar de comer hasta el día siguiente, porque cada uno tiene su ración y no había nada sobrante. Cuando ya terminamos de comer vi unos amigos de cuando estaba trabajando en Calvados, en la fábrica de azúcar, y como tenía que ir a la estación a traer los bultos que quedaron allí, ellos se ofrecieron a venir conmigo para ayudarme a traerlos, puesto que allí teníamos las*

mantas y nos hacían falta para dormir. No había camas para dormir, pero otros amigos nos dieron dos o tres colchones y así pasamos la noche, durmiendo en el suelo hasta tanto arreglaron camas para nosotros.

Permanecimos en el refugio de Sées un mes justo, hasta que salimos a trabajar al bosque. Durante la permanencia de este mes en el refugio no lo pasamos nada bien, pues se comía muy poco y muy malo a causa de los vividores y sinvergüenzas que administraban la cuestión de la comida, que por cierto eran españoles. Pues bien, salimos a trabajar al bosque, como he dicho, el siete de febrero de 1941, con un patrón yugoslavo que hablaba un poco el español. Nos pagaba 25 francos la estera. Fuimos contratados por seis meses. Nos llevó a un pueblo que se llamaba Remalas, después nos llevó a otro pueblo que se llamaba Moulins-la-Marche. En aquel bosque nos pagó a 20 francos la estera, cinco francos más barato. En el primer pueblo donde nos llevó, nos metió en una casa que era peor que una porqueriza, muy sucia, y lo peor era que entraba agua por todas partes.

Era imposible vivir en esta casa y de este modo. Por muchas veces que le dije que nos buscara una casa mejor nos decía que no, que no encontraba. Nos dijo que cuando acabáramos en este bosque y nos fuéramos al otro tendríamos mejor casa. Efectivamente, así fue. Llegamos al pueblo que se llamaba Moulins-la-Marche el 22 de mayo de 1941. Nos dio una buena casa, la cual había sido destinada como casa de correos. Allí nos metimos cuatro familias, pues no era yo solo quién estaba trabajando, éramos 14 o 15 obreros que estábamos trabajando con él.

Al terminar los seis meses se presentó otro patrón también del bosque y que habitaba en París. Nos contrató para hacer madera de mina. Nos pagaba a 35 francos el metro cúbico. Trabajamos dos años y medio para este patrón. Primeramente, estuvimos en un pueblo

llamado Vilale, después a otro llamado Saint-Arnoult, y después todavía nos llevó a otro llamado Sainte-Croix-sur-Aizier.

El 22 de mayo de 1944, fuimos a trabajar para otro patrón llamado Ruiz. Se trataba de cuatro hermanos que trabajaban en una compañía que compraba árboles del bosque para cortarlos. Eran de la provincia de Santander. Estuvimos dos años trabajando en el bosque para el patrón Ruiz. El 22 de agosto de 1946 nos vinimos a Le Havre para trabajar para el mismo patrón, pero ahora en el carbón, pues también eran comerciantes de carbón. Estuve trabajando para él hasta el 30 de abril de 1948, habiéndome despedido por falta de trabajo. Mis hijos Paco y Juan ya hacía tres o cuatro meses que le habían pedido la cuenta a los patronos Ruiz y se habían ido a trabajar para otro patrón, que también era comerciante de carbón. Se llamaba Remi Munier. Al despedirme Ruiz, yo también me fui donde estaban mis hijos y hablaron con el jefe para que me diera trabajo y estuve en esa casa.

MARÍA GUTIÉRREZ ROMERO

UNA NIÑA ENTRE *LA DESBANDÁ*, EL EXILIO Y *LA* SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EXTRACTO DE LA ENTREVISTA A MARÍA GUTIÉRREZ ROMERO, HIJA DE ANTONIO GUTIÉRREZ JURADO, REALIZADA EN ABRIL DE 2023 EN EL CENTRO VALENCIANO EN EL EXTERIOR (CEVEX) DE CÓRDOBA (ARGENTINA). LA ENTREVISTA CORRIÓ A CARGO DE SU NIETA, MARIANA BARRIONUEVO MÁÑEZ, Y LUCAS SANCHO, PRESIDENTE DEL CEVEX.

Nací el 31 de mayo de 1932 en Vélez-Málaga, concretamente en Torre del Mar. En mi familia éramos siete hermanos, cinco chicos y dos chicas, además de mis papás y mi abuelo paterno, Antonio Gutiérrez Gutiérrez, que también vivía con nosotros. Sali con mi familia de Málaga cuando tenía cuatro años y recuerdo que empezamos a caminar por toda la costa mediterránea. Era de noche, habíamos salido con mucha prisa justo cuando empezábamos a cenar. Nos dejamos la mesa puesta y huimos, sin más. Pasamos por muchos sitios, también por Valencia y por Barcelona, hasta que en 1939 tuvimos que huir por la frontera francesa. En la frontera nos separamos. Mi madre, mis hermanos y yo conseguimos cruzarla y nos fuimos por un lado. Mi papá, que cruzó después, se fue por otro.

Uno de mis hermanos, José, estaba enfermo y la caminata de los Pirineos había hecho que empeorara su salud. Falleció cuando estábamos por los Alpes, tenía 14 o 15 años. Sucedió cuando estábamos instalados en unos barracones, que era donde ponían a la gente que estaba desamparada, como nosotros.

Durante la huida de Málaga, los bombardeos de la costa los recuerdo poco porque era muy pequeña. Me acuerdo más de las bombas de la Segunda Guerra Mundial. Estando ya en un pueblo de Francia, mi papá excavó una especie de fosa en el suelo para protegernos de los impactos. Nos metíamos allí, todos amontonados en ese agujero. Mi mamá salía cuando tenía que preparar la comida y en seguida volvía otra vez a aquella especie de refugio.

Y en Francia estuvimos rodando de un lugar a otro hasta que en 1946 nos instalamos en Le Havre. Mis papás alquilaron una casa, bueno era de madera, pero no importa, era una casa.

De mi papá lo que recuerdo es que siempre estaba enojado con Franco, siempre hablaba muy mal de él. Mi papá se ocupaba mucho de la política. Por lo que sé ahora, el diario lo iba escribiendo en papel de cigarrillos y luego lo reescribió todo en una libreta.

En Francia conocí al papá de mis hijas, Francisco Máñez Narbón, un valenciano nacido en Menorca. Su familia vivía en Sagunto, cerca de Valencia. Era también un republicano exiliado de la guerra. A mi cuñado Samuel le conocí más tarde, aquí en Argentina.

Nosotros nos conocimos cuando el papá de mis hijas se hizo compañero de mis hermanos, en Le Havre, y ahí empezó nuestra relación. La amistad entre ellos surgió por la política, mi marido también era muy político. Entonces nos casamos y nos fuimos a Argentina. Me vine yo sola, mis hermanos, mi papá y mi mamá se quedaron en Francia. Nosotros vinimos a Córdoba porque aquí estaba la familia de mi marido. Su padre era David Máñez Zanón y su esposa Elvira Narbón Alcaraz, a la que todos sus nietos llamaban la *yaya*. Una vez aquí, el papá de mis hijas también estuvo trabajando los primeros años en política, hasta que se cansó.

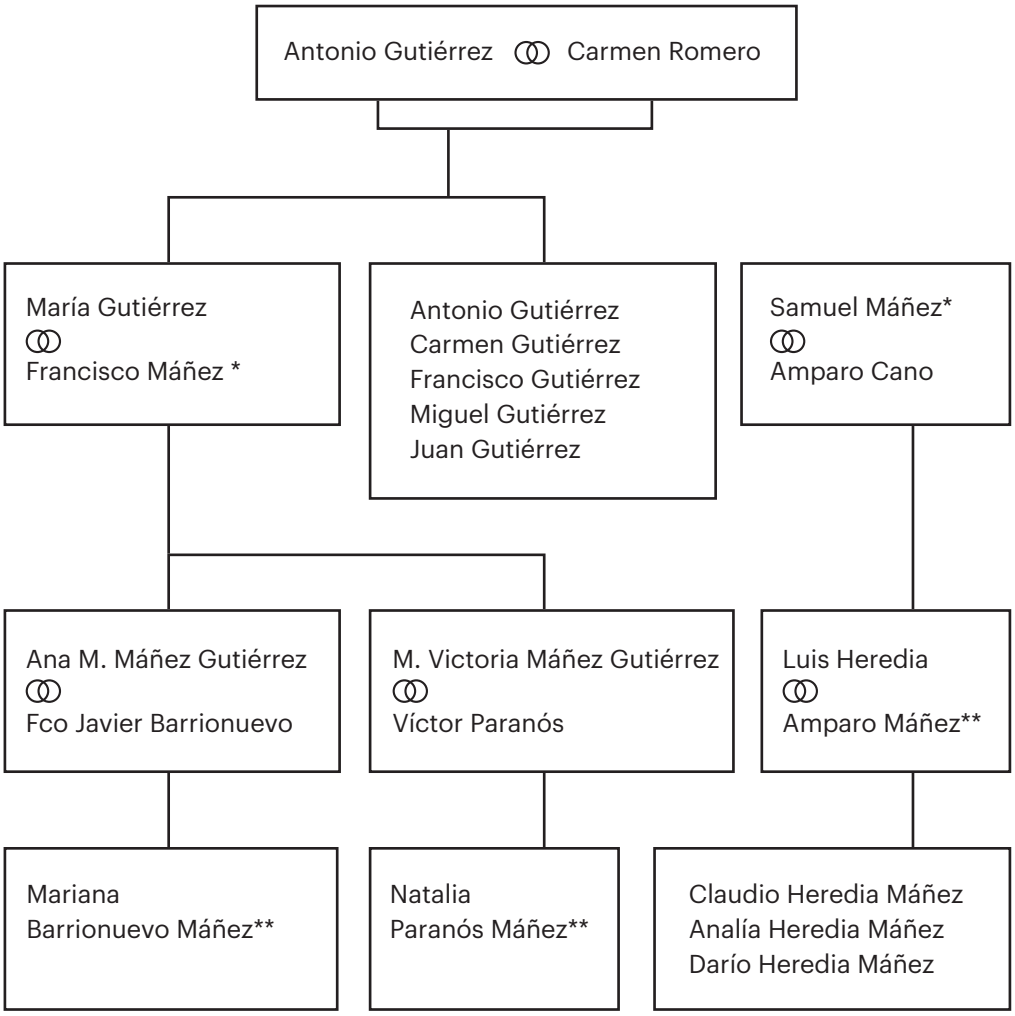
En cuanto a nuestra casa de Torre del Mar, contaba mi mamá que años más tarde mi hermana y mi papá volvieron allí, a nuestra antigua casa. Contaba que lo encontraron todo igual que lo habíamos dejado, incluso los platos estaban aún encima de la mesa.

No he podido ir más que dos veces a España en todos estos años y me gusta más que Argentina. Si no fuera porque mis hijas están aquí me hubiera quedado en España, me gusta más. Mientras, aquí en Córdoba me gusta venir al Centro Valenciano, por mi familia y porque se respira muy buen ambiente.

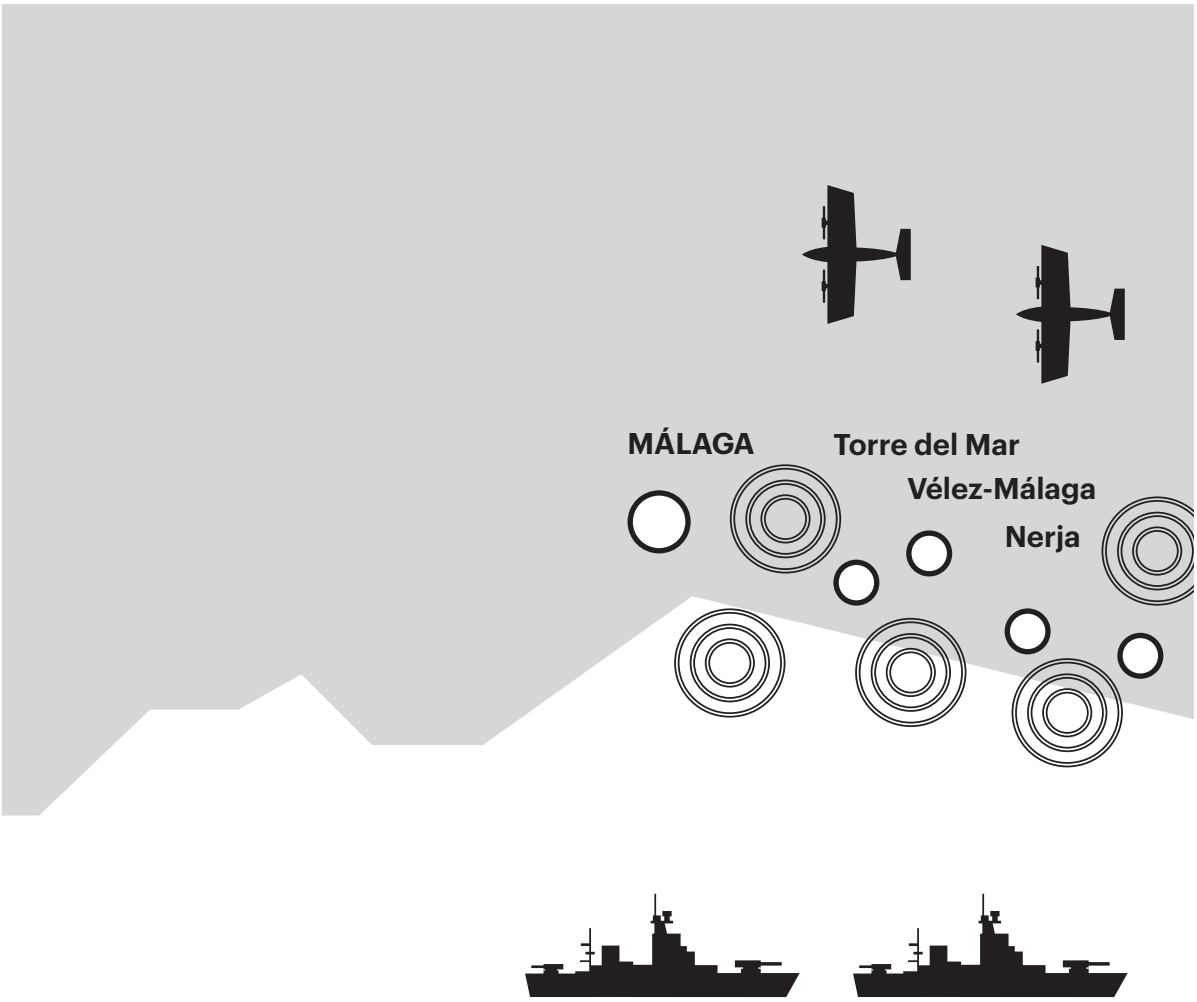


María Gutiérrez en un momento de la entrevista

PARENTESCO



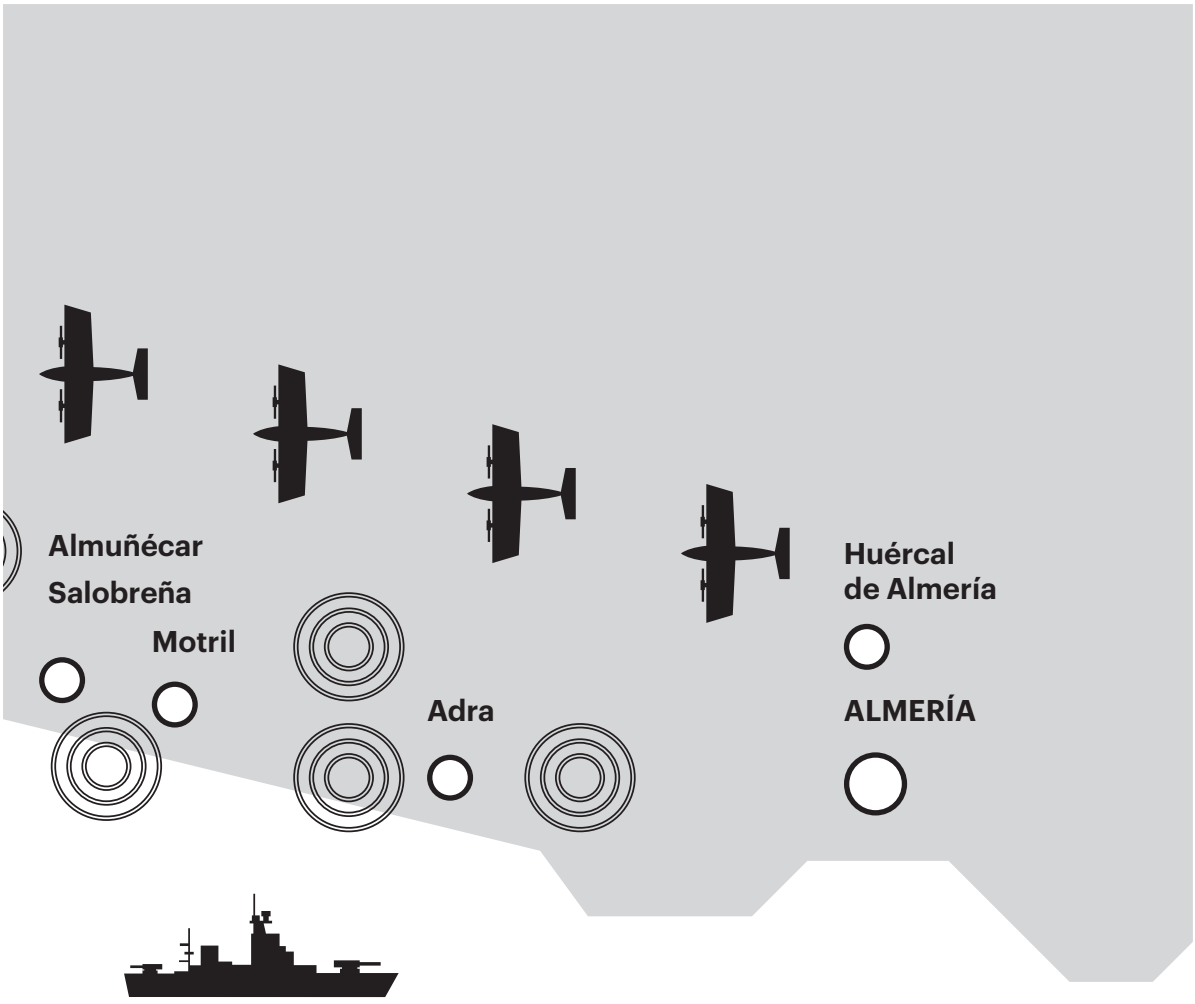
* Francisco y Samuel Máñez son hermanos, aquí empieza la relación de Antonio Gutiérrez con los descendientes de valencianos, la familia Máñez. / ** Mariana y Natalia, nietas de Maria Gutiérrez, junto con Amparo Máñez, sobrina, son las personas que tienen la copia de Mi Odisea, gracias a las cuales ha llegado hasta nosotros.



LA DESBANDÁ

(MAPA 1)

El Canarias, el Baleares y el Almirante Cervera, tres destructores de la Armada española incautados por los sublevados, se desplazan en paralelo a la costa siguiendo y disparando contra la columna de civiles que huyen por carretera de Málaga a Almería



Área batida por la artillería naval y por la aviación

Ataques aéreos

Ataques por mar

LA ODISEA DE ANTONIO GUTIÉRREZ Y SU FAMILIA

(MAPA 2)

Separación

Reunificación parcial

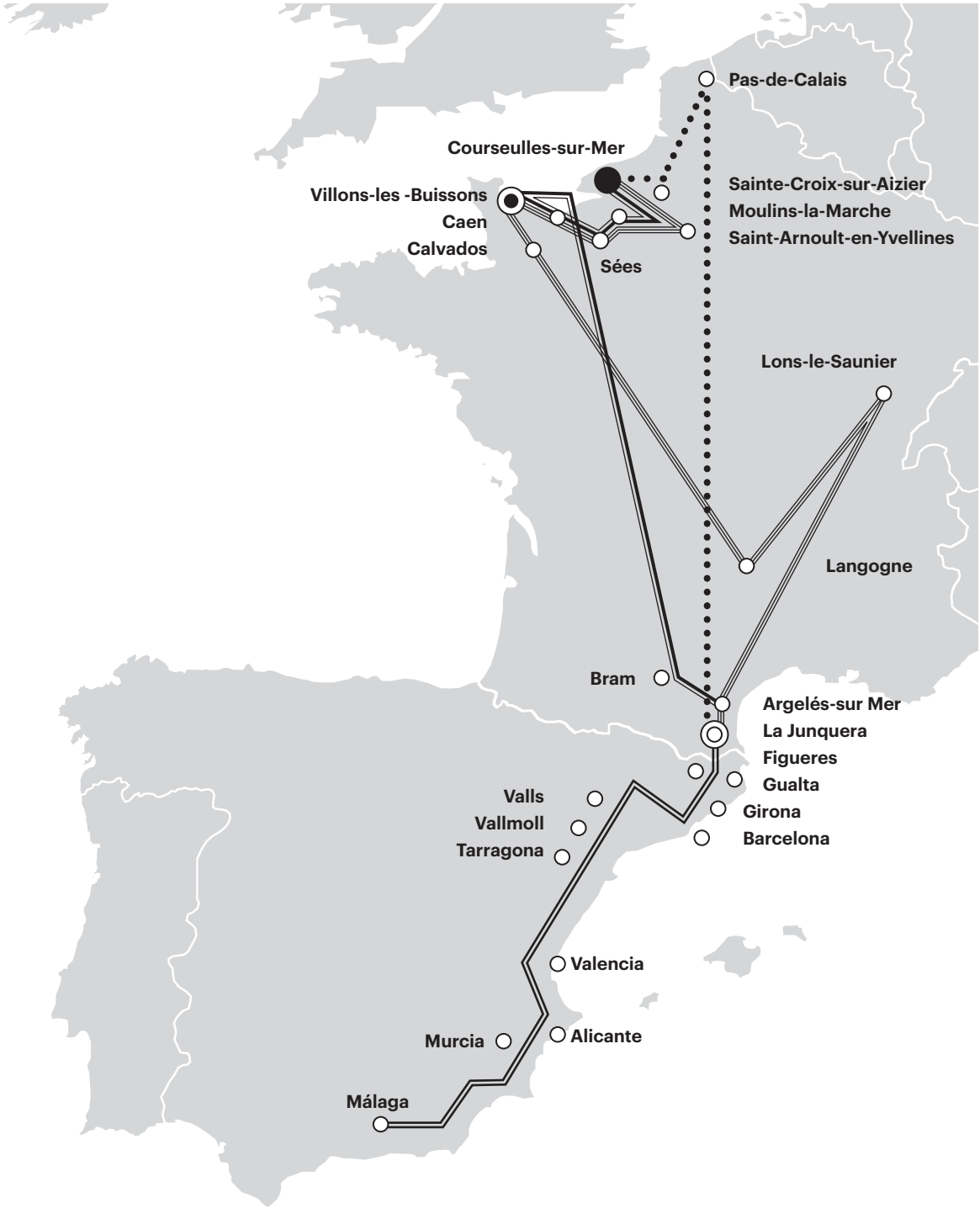
Reunificación

Trayecto conjunto (España)

Trayecto del abuelo (Francia)

Carmen y sus hijos (Francia)

Trayecto de Antonio (Francia)


Pas-de-Calais
Courseulles-sur-Mer
Villons-les -Buissons
Caen
Calvados
Sées
Sainte-Croix-sur-Aizier
Moulins-la-Marche
Saint-Arnoult-en-Yvellines
Lons-le-Saunier
Langogne
Bram
Argelés-sur Mer
La Junquera
Figueres
Gualta
Girona
Barcelona
Valls
Vallmoll
Tarragona
Valencia
Murcia
Alicante
Málaga

"Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi
en esta marcha forzada, la más grande,
la más horrible evacuación de una ciudad
que hayan visto nuestros tiempos."

El crimen de la carretera Málaga-Almería
(Norman Bethune, médico)